ROMEO JULIETA

de William Shakespeare



Publicado por Planet PDF. Visita el sitio para descargar ebooks de literatura, libros y novelas.

Esta obra está bajo una Licencia Creative Commons AtribuciónNoComercial 3.0 Estados Unidos.

Romeo Julieta de William Shakespeare

1881

ROMEO Y JULIETA

PERSONAJES

ESCALA, príncipe de Verona

PARIS, pariente del Príncipe

MONTESCO

CAPULETO

Un viejo de la familia Capuleto

ROMEO, hijo de Montesco

MERCUTIO, amigo de Romeo

BENVOLIO, sobrino de Montesco

TEOBALDO, sobrino de Capuleto

FR. LORENZO, de la Orden de S. Francisco

Fr. JUAN, de la Orden de S. Francisco

BALTASAR, criado de Romeo

SANSÓN, criados de Capuleto

GREGORIO, criados de Capuleto

PEDRO, criado del ama de Julieta

ABRAHAM, criado de Montesco

Un boticario

Tres músicos

Dos pajes de Paris

Un oficial

La señora de Montesco

La señora de Capuleto

JULIETA, hija de Capuleto

El Ama de Julieta

CIUDADANOS DE VERONA, ALGUACILES, GUARDIAS

ENMASCARADOS, etc. CORO

La escena pasa de verona y en mantua

PRÓLOGO

CORO

En la hermosa Verona, donde acaecieron estos amores, dos familias rivales igualmente nobles habían derramado, por sus odios mutuos, mucha inculpada sangre. Sus inocentes hijos pagaron la pena de estos rencores, que trajeron su muerte y el fin de su triste amor. Sólo dos horas va a durar en la escena este odio secular de razas. Atended al triste enredo, y supliréis con vuestra atención lo que falte a la tragedia.

ACTO I

ESCENA PRIMERA

Una plaza de Verona

SANSÓN Y GREGORIO, CON ESPADAS Y BROQUELES

SANSÓN

A fe mía, Gregorio, que no hay por qué bajar la cabeza.

GREGORIO

Eso sería convertirnos en bestias de carga.

SANSÓN

Quería decirte que, si nos hostigan, debemos responder. Gregorio Sí:

soltar la albarda

SANSÓN

Yo, si me pican, fácilmente salto.

GREGORIO

Pero no es fácil picarte para que saltes.

SANSÓN

Basta cualquier gozquejo de casa de los Montescos para hacerme saltar.

GREGORIO

Quien salta, se va. El verdadero valor está en quedarse firme en su

puesto. Eso que llamas saltar es huir.

SANSÓN

Los perros de esa casa me hacen saltar primero y me paran después.

Cuando topo de manos a boca con hembra o varón de casa de los Montescos, pongo pies en pared.

GREGORIO

¡Necedad insigne! Si pones pies en pared, te caerás de espaldas.

SANSÓN

Cierto, y es condición propia de los débiles. Los Montescos al medio de la calle, y sus mozas a la acera.

GREGORIO

Esa discordia es de nuestros amos. Los criados no tenemos que intervenir en ella.

SANSÓN

Lo mismo da. Seré un tirano. Acabaré primero con los hombres y luego con las mujeres.

GREGORIO

¿Qué quieres decir?

SANSÓN

Lo que tú quieras. Sabes que no soy rana.

GREGORIO

No eres ni pescado ni carne. Saca tu espada, que aquí vienen dos criados

de casa Montesco.

SANSÓN

Ya está lista la espada: entra tú en lid, y yo te defenderé.

GREGORIO

¿Por qué huyes, volviendo las espaldas?

SANSÓN

Por no asustarte.

GREGORIO

¿Tú asustarme a mí?

SANSÓN

Procedamos legalmente. Déjalos empezar a ellos.

GREGORIO

Les haré una mueca al pasar, y veremos cómo lo toman.

SANSÓN

Veremos si se atreven. Yo me chuparé el dedo, y buena vergüenza será la suya si lo toleran.

(Abraham y Baltasar)

ABRAHAM

Hidalgo, ¿os estáis chupando el dedo porque nosotros pasarnos?

SANSÓN

Hidalgo, es verdad que me chupo el dedo.

ABRAHAM

Hidalgo, ¿os chupáis el dedo porque nosotros pasamos?

SANSÓN. (A Gregorio)

¿Estamos dentro de la ley, diciendo que sí?

GREGORIO (A Sansón)

No por cierto.

SANSÓN

Hidalgo, no me chupaba el dedo porque vosotros pasabais, pero la verdad es que me lo chupo.

GREGORIO

¿Queréis armar cuestión, hidalgo?

ABRAHAM

Ni por pienso, señor mío.

SANSÓN

Si queréis armarla, aquí estoy a vuestras órdenes. Mi amo es tan bueno como el vuestro.

ABRAHAM

Pero mejor, imposible.

SANSÓN

Está bien, hidalgo.

GREGORIO (A Sansón)

Dile que el nuestro es mejor, porque aquí se acerca un pariente de mi amo.

SANSÓN

Es mejor el nuestro, hidalgo.

ABRAHAM

Mentira.

SANSÓN

Si sois hombre, sacad vuestro acero. Gregorio: acuérdate de tu sabia estocada. (Pelean).

(Llegan Benvolio, y Teobaldo)

BENVOLIO

Envainad, majaderos. Estáis peleando, sin saber por qué.

TEOBALDO

¿Por qué desnudáis los aceros? Benvolio, ¿quieres ver tu muerte?

BENVOLIO

Los estoy poniendo en paz. Envaina tú, y no busques quimeras.

TEOBALDO

¡Hablarme de paz, cuando tengo el acero en la mano! Más odiosa me

es tal palabra que el infierno mismo, más que Montesco, más que tú. Ven, cobarde.

(Reúnese gente de uno y otro bando. Trábase la riña)

CIUDADANOS

Venid con palos, con picas, con hachas. ¡Mueran Capuletos y Montescos!

(Entran Capuleto y la señora de Capuleto)

CAPULETO

¿Qué voces son esas? Dadme mi espada.

SEÑORA

¿Qué espada? Lo que te conviene es una muleta.

CAPULETO

Mi espada, mi espada, que Montesco viene blandiendo contra mí la suya tan vieja como la mía.

(Entran Montesco y su mujer)

MONTESCO

¡Capuleto infame, déjame pasar, aparta!

SEÑORA

No te dejaré dar un paso más.

(Entra el Príncipe y su séquito)

PRÍNCIPE

¡Rebeldes, enemigos de la paz, derramadores de sangre humana! ¿No queréis oír? Humanas fieras que apagáis en la fuente sangrienta de vuestras venas el ardor de vuestras iras, arrojad en seguida a tierra las armas fratricidas, y escuchad mi sentencia. Tres veces, por vanas quimeras y fútiles motivos, habéis ensangrentado las calles de Verona, haciendo a sus habitantes, aun los más graves e ilustres, empuñar las enmohecidas alabardas, y cargar con el hierro sus manos envejecidas por la paz. Si volvéis a turbar el sosiego de nuestra ciudad, me responderéis con vuestras cabezas. Basta por ahora; retiraos todos. Tú, Capuleto, vendrás conmigo. Tú, Montesco, irás a buscarme dentro de poco a la Audiencia, donde te hablaré más largamente. Pena de muerte a quien permanezca aquí.

(Vase)

MONTESCO

¿Quién ha vuelto a comenzar la antigua discordia? ¿Estabas tú cuando principió, sobrino mío?

BENVOLIO

Los criados de tu enemigo estaban ya lidiando con los nuestros cuando llegué, y fueron inútiles mis esfuerzos para separarlos. Teobaldo se arrojó sobre mí, blandiendo el hierro que azotaba el aire despreciador de sus fu-

rores. Al ruido de las estocadas acorre gente de una parte y otra, hasta que el Príncipe separó a unos y otros.

SEÑORA DE MOTESCO

¿Ir has visto a Romeo? ¡Cuánto me alegro de que no se hallara presente!

BENVOLIO

Sólo faltaba una hora para que el sol amaneciese por las doradas puertas del Oriente, cuando salí a pasear, solo con mis cuidados, al bosque de sicomoros que crece al poniente de la ciudad. Allí estaba tu hijo. Apenas le vi me dirigí a él, pero se internó en lo más profundo del bosque. Y como yo sé que en ciertos casos la compañía estorba, seguí mi camino y mis cavilaciones, huyendo de él con tanto gusto como él de mí.

SEÑORA DE MONTESCO

Dicen que va allí con frecuencia a juntar su llanto con el rocío de la mañana y contar a las nubes sus querellas, y apenas el sol, alegría del mundo, descorre los sombríos pabellones del tálamo de la aurora, huye Romeo de la luz y torna a casa, se encierra sombrío en su cámara, y para esquivar la luz del día, crea artificialmente una noche. Mucho me apena su estado, y sería un dolor que su razón no llegase a dominar sus caprichos.

BENVOLIO

¿Sospecháis la causa, tío?

MONTESCO

No la sé ni puedo indagarla.

BENVOLIO

¿No has podido arrancarle ninguna explicación?

MONTESCO

Ni yo, ni nadie. No sé si pienso bien o mal, pero él es el único consejero de sí mismo. Guarda con avaricia su secreto y se consume en él, como el germen herido por el gusano antes de desarrollarse y encantar al sol con su hermosura. Cuando yo sepa la causa de su mal, procuraré poner remedio.

BENVOLIO

Aquí está. O me engaña el cariño que le tengo, o voy a saber pronto la causa de su mal.

MONTESCO

¡Oh si pudieses con habilidad descubrir el secreto! Ven, esposa.

(Entra Romeo)

BENVOLIO

Muy madrugador estás.

ROMEO

¿Tan joven está el día?

BENVOLIO

Aún no han dado las nueve.

ROMEO

¡Tristes horas, cuán lentamente camináis! ¿No era mi padre quien salía ahora de aquí?

BENVOLIO

Sí por cierto. Pero ¿qué dolores son los que alargan tanto las horas de Romeo?

ROMEO

El carecer de lo que las haría cortas.

BENVOLIO

¿Cuestión de amores?

ROMEO

Desvíos.

BENVOLIO

¿De amores?

ROMEO

Mi alma padece el implacable rigor de sus desdenes.

BENVOLIO

¿Por qué el amor que nace de tan débiles principios, impera luego con

tanta tiranía?

ROMEO

¿Por qué, si pintan ciego al amor, sabe elegir tan extrañas sendas a su albedrío? ¿Dónde vamos a comer hoy? ¡Válgame Dios! Cuéntame lo que ha pasado. Pero no, ya lo sé. Hemos encontrado el amor junto al odio; amor discorde, odio amante; rara confusión de la naturaleza, caos sin forma, materia grave a la vez que ligera, fuerte y débil, humo y plomo, fuego helado, salud que fallece, sueño que vela, esencia incógnita. No puedo acostumbrarme a tal amor. ¿Te ríes? ¡Vive Dios!. .

BENVOLIO

No, primo. No me río, antes lloro.

ROMEO

¿De qué, alma generosa?

BENVOLIO

De tu desesperación.

ROMEO

Es prenda de amor. Se agrava el peso de mis penas, sabiendo que tú también las sientes. Amor es fuego aventado por el aura de un suspiro; fuego que arde y centellea en los ojos del amante. O más bien es torrente desbordado que las lágrimas acrecen. ¿Qué más podré decir de él? Diré

que es locura sabia, hiel que emponzoña, dulzura embriagadora. Quédate adiós, primo.

BENVOLIO

Quiero ir contigo. Me enojaré si me dejas así, y no te enojes.

ROMEO

Calla, que el verdadero Romeo debe andar en otra parte.

BENVOLIO

Dime el nombre de tu amada.

ROMEO

¿Quieres oír gemidos?

BENVOLIO

¡Gemidos¡ ¡Donosa idea! Dime formalmente quién es.

ROMEO

¿Dime formalmente?. . ¡Oh, qué frase tan cruel! Decid que haga testamento al que está padeciendo horriblemente. Primo, estoy enamorado de una mujer.

BENVOLIO

Hasta ahí ya lo comprendo.

ROMEO

Has acertado. Estoy enamorado de una mujer hermosa.

BENVOLIO

¿Y será fácil dar en ese blanco tan hermoso?

ROMEO

Vanos serían mis tiros, porque ella, tan casta como Diana la cazadora, burlará todas las pueriles flechas del rapaz alado. Su recato la sirve de armadura. Huye de las palabras de amor, evita el encuentro de otros ojos, no la rinde el oro. Es rica, porque es hermosa. Pobre, porque cuando muera, sólo quedarán despojos de su perfección soberana.

BENVOLIO

¿Está ligada a Dios por algún voto de castidad?

ROMEO

No es ahorro el suyo, es desperdicio, porque esconde avaramente su belleza, y priva de ella al mundo. Es tan discreta y tan hermosa, que no debiera complacerse en mi tormento, pero aborrece el amor, y ese voto es la causa de mi muerte.

BENVOLIO

Déjate de pensar en ella.

ROMEO

Enséñame a dejar de pensar.

BENVOLIO

Hazte libre. Fíjate en otras.

ROMEO

Así brillará más y más su hermosura. Con el negro antifaz resalta más la blancura de la tez. Nunca olvida el don de la vista quien una vez la perdió. La beldad más perfecta que yo viera, sólo sería un libro donde leer que era mayor la perfección de mi adorada. ¡Adiós! No sabes enseñarme a olvidar.

BENVOLIO

Me comprometo a destruir tu opinión.

ESCENA II

Calle

CAPULETO, PARIS Y UN CRIADO

CAPULETO

La misma orden que a mí obliga a Montesco, y a nuestra edad no debía ser difícil vivir en paz. Paris Los dos sois iguales en nobleza, y no debierais estar discordes. ¿Qué respondéis a mi petición? Capuleto Ya he respondido. Mi hija acaba de llegar al mundo. Aún no tiene más que catorce años, y no estará madura para el matrimonio, hasta que pasen lo menos dos veranos. Paris Otras hay más jóvenes y que son ya madres. Capuleto Los árboles demasiado tempranos no prosperan. Yo he confiado mis esperanzas a la tierra y ellas florecerán. De todas suertes, Paris, consulta tú su voluntad. Si

ella consiente, yo consentiré también. No pienso oponerme a que elija con toda libertad entre los de su clase. Esta noche, según costumbre inmemorial, recibo en casa a mis amigos, uno de ellos vos. Deseo que piséis esta noche el modesto umbral de mi casa, donde veréis brillar humanas estrellas. Vos, como joven lozano, que no holláis como yo las pisadas del invierno frío, disfrutaréis de todo. Allí oiréis un coro de hermosas doncellas. Oídlas, vedlas, y elegid entre todas la más perfecta. Quizá después de maduro examen, os parecerá mi hija una de tantas. Tú (al criado) vete recorriendo las calles de Verona, y a todos aquellos cuyos nombres verás escritos en este papel, invítalos para esta noche en mi casa.

(Vanse Capuleto y Paris)

CRIADO

¡Pues es fácil encontrarlos a todos! El zapatero está condenado a usar la horma, el sastre la vara, el pintor el pincel, el pescador las redes, y yo a buscar a todos aquellos cuyos nombres son los que aquí están escritos. Denme su favor los sabios. Vamos.

BENVOLIO

No digas eso. Un fuego apaga otro, un dolor mata otro dolor, a una pena antigua otra nueva. Un nuevo amor puede curarte del antiguo.

ROMEO

Curarán las hojas del plátano.

BENVOLIO

¿Y qué curarán?

ROMEO

Las desolladuras.

BENVOLIO

¿Estás loco?

ROMEO

¡Loco! Estoy atado de pies y manos como los locos, encerrado en cárcel asperísima, hambriento, azotado y atormentado.—Buenos días, hombre.

(Al criado)

CRIADO

Buenos días. ¿Sabéis leer, hidalgo?

ROMEO

Ciertamente que sí.

CRIADO

¡Raro alarde! ¿Sabéis leer sin haberlo aprendido? ¿Sabréis leer lo que ahí dice?

ROMEO

Si el concepto es claro y la letra también.

CRIADO

¿De verdad? Dios os guarde.

ROMEO

Espera, que probaré a leerlo. «El señor Martín, y su mujer e hijas, el conde Anselmo y sus hermanas, la viuda de Viturbio, el señor Plasencio y sus sobrinas, Mercutio y su hermano Valentín, mi tío Capuleto con su mujer e hijas, Rosalía mi sobrina, Livia, Valencio y su primo Teobaldo, Lucía y la hermosa Elena». ¡Lucida reunión! ¿Y dónde es la fiesta?

CRIADO

Allí.

ROMEO

¿Dónde?

CRIADO

En mi casa, a cenar.

ROMEO

¿En qué casa?

CRIADO

En la de mi amo.

ROMEO

Lo primero que debí preguntarte es su nombre.

CRIADO

Os lo diré sin ambages. Se llama Capuleto y es generoso y rico. Si no sois Montesco, podéis ir a beber a la fiesta. Id, os lo ruego.

(Vase) BENVOLIO

Rosalía a quien adoras, asistirá a esta fiesta con todas las bellezas de Verona. Allí podrás verla y compararla con otra que yo te enseñaré, y el cisne te parecerá grajo.

RoMeo

No permite tan indigna traición la santidad de mi amor. Ardan mis verdaderas lágrimas, ardan mis ojos (que antes se ahogaban) si tal herejía cometen. ¿Puede haber otra más hermosa que ella? No la ha visto desde la creación del mundo, el sol que lo ve todo.

BENVOLIO

Tus ojos no ven más que lo que les halaga. Vas a pesar ahora en tu balanza a una mujer más bella que esa, y verás cómo tu señora pierde de los quilates de su peso, cotejada con ella.

ROMEO

Iré, pero no quiero ver tal cosa, sino gozarme en la contemplación de mi cielo.

ESCENA III

En casa de Capuleto

LA SEÑORA DE CAPULETO Y EL AMA

SEÑORA

Ama, ¿dónde está mi hija?

AMA

Sea en mi ayuda mi probada paciencia de doce años. Ya la llamé. Cord-

ero, Mariposa. Válgame Dios. ¿Dónde estará esta niña? Julieta. .

JULIETA

¿Quién me llama?

AMA

Tu madre.

JULIETA

Señora, aquí estoy. Dime qué sucede.

Señora Sucede que. . Ama, déjanos a solas un rato. . Pero no, quédate.

Deseo que oigas nuestra conversación. Mi hija está en una edad decisiva.

AMA

Ya lo creo. No me acuerdo qué edad tiene exactamente.

SEÑORA

Todavía no ha cumplido los catorce.

AMA

Apostaría catorce dientes (¡ay de mí, no tengo más que cuatro¡) a que no son catorce. ¿Cuándo llega el día de los Ángeles?

SEÑORA

Dentro de dos semanas.

AMA

Sean pares o nones, ese día, en anocheciendo, cumple Julieta años. ¡Válgame Dios¡ La misma edad tendrían ella y mi Susana. Pero Susana está en el cielo. No merecía yo tanta dicha. Pues como iba diciendo, cumplirá catorce años la tarde de los Ángeles. ¡Vaya si los cumplirá! Me acuerdo bien. Hace once años, cuando el terremoto, la quitamos el pecho. Jamás confundo aquel día con ningún otro del año. Debajo del palomar, sentada al sol, unté mi pecho con acíbar. Vos y mi amo estabais en Mantua. ¡Me acuerdo tan bien! Pues como digo, la tonta de ella, apenas probó el pecho y lo halló tan amargo, ¡qué furiosa se puso contra mí! ¡Temblaba el palomar! Once años van de esto. Ya se tenía en pie, ya corría. . tropezando a veces. Por cierto que el día antes se había hecho un chichón en la frente, y mi marido (¡Dios le tenga en gloria!) ¡Con qué gracia levantó a la niña¡ y le dijo: «Vaya, ¿te has caído de frente? No caerás así cuando te entre el juicio. ¿Verdad, Julieta?» Sí, respondió la inocente limpiándose las lágrimas. El tiempo hace verdades las burlas. Mil años que viviera, me acordaría de esto.

«¿No es verdad, Julieta?» y ella lloraba y decía que sí.

SEÑORA

Basta ya. Cállate, por favor te lo pido.

AMA

Me callaré, señora; pero no puedo menos de reírme, acordándome que dijo sí, y creo que tenía en la frente un chichón tamaño como un huevo, y lloraba que no había consuelo para ella.

JULIETA

Cállate ya; te lo suplico.

AMA

Bueno, me callaré. Dios te favorezca, porque eres la niña más hermosa que he criado nunca. ¡Qué grande sería mi placer en verla casada!

JULIETA

Aún no he pensado en tanta honra.

AMA

¡Honra! Pues si no fuera por haberte criado yo a mis pechos, te diría que habías mamado leche de discreción y sabiduría.

SEÑORA

Ya puedes pensar en casarte. Hay en Verona madres de familia menores que tú, y yo misma lo era cuando apenas tenía tu edad. En dos palabras,

aspira a tu mano el gallardo París.

AMA

¡Niña mía! ¡Vaya un pretendiente! Si parece de cera.

SEÑORA

No tiene flor más linda la primavera de Verona.

AMA

¡Eso una flor! Sí que es flor, ciertamente.

SEÑORA

Quiero saber si le amarás. Esta noche ha de venir. Verás escrito en su cara todo el amor que te profesa. Fíjate en su rostro y en la armonía de sus facciones. Sus ojos servirán de comentario a lo que haya de confuso en el libro de su persona. Este libro de amor, desencuadernado todavía, merece una espléndida cubierta. La mar se ha hecho para el pez. Toda belleza gana en contener otra belleza. Los áureos broches del libro esmaltan la áurea narración. Todo lo que él tenga será tuyo. Nada perderás en ser su mujer.

AMA

¿Nada? disparate será el pensarlo.

SEÑORA

Di si podrás llegar a amar a Paris.

JULIETA

Lo pensaré, si es que el ver predispone a amar. Pero el dardo de mis ojos sólo tendrá la fuerza que le preste la obediencia.

(Entra un criado)

CRIADO

Los huéspedes se acercan. La cena está pronta. Os llaman. La señorita hace falta. En la cocina están diciendo mil pestes del ama. Todo está dispuesto. Os suplico que vengáis en seguida.

SEÑORA

Vámonos tras ti, Julieta. El Conde nos espera. Ama Niña, piensa bien lo que haces.

ESCENA IV

ROMEO, MERCUTIO, BENVOLIO, Y MÁSCARAS CON TEAS ENCENDIDAS

ROMEO

¿Pronunciaremos el discurso que traíamos compuesto, o entraremos sin preliminares?

BENVOLIO

Nada de rodeos. Para nada nos hace falta un amorcillo de latón con venda por pañuelo, y con arco, espantapájaros de doncellas. Para nada repetir con el apuntador, en voz medrosa, un prólogo inútil. Mídannos

por el compás que quieran, y hagamos nosotros unas cuantas mudanzas de baile.

ROMEO

Dadme una tea. No quiero bailar. El que está a oscuras necesita luz.

MERCUTIO

Nada de eso, Romeo; tienes que bailar.

ROMEO

No por cierto. Vosotros lleváis zapatos de baile, y yo estoy como tres en un zapato, sin poder moverme.

MERCUTIO

Pídele sus alas al amor, y con ellas te levantarás de la tierra.

ROMEO

Sus flechas me han herido de tal modo, que ni siquiera sus plumas bastan para levantarme. Me ha atado de tal suerte, que no puedo pasar la raya de mis dolores. La pesadumbre me ahoga.

MERCUTIO

No has debido cargar con tanto peso al amor, que es muy delicado.

ROMEO

¡Delicado el amor! Antes duro y fuerte y punzante como el cardo.

MERCUTIO

Si es duro, sé tú duro con él. Si te hiere, hiérele tú, y verás cómo se da por vencido. Dadme un antifaz para cubrir mi rostro. ¡Una máscara sobre otra máscara¡

BENVOLIO

Llamad a la puerta, y cuando estemos dentro, cada uno baile como pueda.

ROMEO

¡Una antorcha! Yo, imitando la frase de mi abuelo, seré quien lleve la luz en esta empresa, porque el gato escaldado huye del agua.

MERCUTIO

De noche todos los gatos son pardos, como decía muy bien el Cond-estable. Nosotros te sacaremos de esa caldera de amor en que te escaldaste. ¡Vamos, que la luz se va acabando!

ROMEO

No por cierto.

MERCUTIO

Mientras andamos en vanas palabras, se gastan las antorchas. Entiende tú bien lo que quiero decir.

ROMEO

¿Tienes ganas de entrar en el baile? ¿Crees que eso tiene sentido?

MERCUTIO

¿Y lo dudas?

ROMEO

Tuve anoche un sueño.

MERCUTIO

Y yo otro esta noche.

ROMEO

¿Y a qué se reduce tu sueño?

MERCUTIO

Comprendí la diferencia que hay del sueño a la realidad.

ROMEO

En la cama fácilmente se sueña.

MERCUTIO

Sin duda te ha visitado la reina Mab, nodriza de las hadas. Es tan pequeña como el ágata que brilla en el anillo de un regidor. Su carroza va arrastrada por caballos leves como átomos, y sus radios son patas de tarántula, las correas son de gusano de seda, los frenos de rayos de luna; huesos de grillo e hilo de araña forman el látigo; y un mosquito de oscura librea, dos veces más pequeño que el insecto que la aguja sutil extrae del dedo de ociosa dama, guía el espléndido equipaje. Una cáscara de avellana forma el

coche elaborado por la ardilla, eterna carpintera de las hadas. En ese carro discurre de noche y día por cabezas enamoradas, y les hace concebir vanos deseos, y anda por las cabezas de los cortesanos, y les inspira vanas cortesías. Corre por los dedos de los abogados, y sueñan con procesos. Recorre los labios de las damas, y sueñan con besos. Anda por las narices de los pretendientes, y sueñan que han alcanzado un empleo. Azota con la punta de un rabo de puerco las orejas del cura, produciendo en ellas sabroso cosquilleo, indicio cierto de beneficio o canonjía cercana. Se adhiere al cuello del soldado, y le hace soñar que vence y triunfa de sus enemigos y los degüella con su truculento acero toledano, hasta que oyendo los sones del cercano tambor, se despierta sobresaltado, reza un padrenuestro, y vuelve a dormirse. La reina Mab es quien enreda de noche las crines de los caballos, y enmaraña el pelo de los duendes, e infecta el lecho de la cándida virgen, y despierta en ella por primera vez impuros pensamientos.

ROMEO

Basta, Mercutio. No prosigas en esa charla impertinente.

MERCUTIO

De sueños voy hablando, fantasmas de la imaginación dormida, que en su vuelo excede la ligereza de los aires, y es más mudable que el viento.

BENVOLIO

Tú sí que estás arrojando viento y humo por esa boca. Ya nos espera la cena, y no es cosa de llegar tarde.

ROMEO

Demasiado temprano llegaréis. Témome que las estrellas están de mal talante, y que mi mala suerte va a empezarse en este banquete, hasta que llegue la negra muerte a cortar esta inútil existencia. Pero en fin, el piloto de mi nave sabrá guiarla. Adelante, amigos míos.

BENVOLIO

A son de tambores.

ESCENA V

Sala en casa de Capuleto

MÚSICOS Y CRIADOS

CRIADO 1.º

¿Dónde anda Cacerola, que ni limpia un plato, ni nos ayuda en nada?

CRIADO 2.º

¡Qué pena me da ver la cortesía en tan pocas manos, y éstas sucias!

CRIADO 1.º

Fuera los bancos, fuera el aparador. No perdáis de vista la plata. Guardadme un pedazo de pastel. Decid al portero que deje entrar a Elena y a Susana la molinera. ¡Cacerola!

CRIADO 2.º

Aquí estoy, compañero.

CRIADO 1.º

Todos te llaman a comparecer en la sala.

CRIADO 2.º

No puedo estar en dos partes al mismo tiempo. Compañeros, acabad pronto, y el que quede sano, que cargue con todo.

(Entran Capuleto, su mujer, Julieta, Teobaldo, y convidados sin máscaras)

CAPULETO

Celebro vuestra venida. Os invitan al baile los ligeros pies de estas damas. A la danza, jóvenes. ¿Quién se resiste a tan imperiosa tentación? Ni siquiera la que por melindre dice que tiene callos. Bien venidos seáis. En otro tiempo también yo gustaba de enmascararme, y decir al oído de las hermosas secretos que a veces no les desagradaban. Pero el tiempo llevó consigo tales flores. Celebro vuestra venida. Comience la música. ¡Que pasen delante las muchachas! (Comienza el baile). ¡Luz, más luz! ¡Fuera las mesas! Nada de fuego, que harto calor hace. ¡Cómo te agrada el baile, picarillo! Una silla a mi primo, que nosotros no estamos para danzas. ¿Cuándo hemos dejado la máscara?

EL PRIMO DE CAPULETO

¡Dios mío! Hace más de 30 años.

CAPULETO

No tanto, primo. Si fue cuando la boda de Lucencio. Por Pentecostés hará 25 años.

EL PRIMO DE CAPULETO

Más tiempo hace, porque su hijo ha cumplido los treinta.

CAPULETO

¿Cómo, si, hace dos años, aún no había llegado a la mayor edad?

Romeo (A su criado). Dime, ¿qué dama es la que enriquece la mano de ese galán con tal tesoro? Criado

No la conozco.

ROMEO

El brillo de su rostro afrenta al del sol. No merece la tierra tan soberano prodigio. Parece entre las otras como paloma entre grajos. Cuando el baile acabe, me acercaré a ella, y estrecharé su mano con la mía. No fue verdadero mi antiguo amor, que nunca belleza como ésta vieron mis ojos.

TEOBALDO

Por la voz parece Montesco. (Al criado). Tráeme la espada. ¿Cómo se atreverá ese malvado a venir con máscara a perturbar nuestra fiesta? Juro por

los huesos de mi linaje que sin cargo de conciencia le voy a quitar la vida.

CAPULETO

¿Por qué tanta ira, sobrino mío?

TEOBALDO

Sin duda es un Montesco, enemigo jurado de mi casa, que ha venido aquí para burlarse de nuestra fiesta.

CAPULETO

¿Es Romeo?

TEOBALDO

El infame Romeo.

CAPULETO

No más, sobrino. Es un perfecto caballero, y todo Verona se hace lenguas de su virtud, y aunque me dieras cuantas riquezas hay en la ciudad, nunca le ofendería en mi propia casa. Así lo pienso. Si en algo me estimas, ponle alegre semblante, que esa indignación y esa mirada torva no cuadran bien en una fiesta.

TEOBALDO

Cuadra, cuando se introduce en nuestra casa tan ruin huésped. ¡No lo consentiré¡

CAPULETO

Sí lo consentirás. Te lo mando. Yo sólo tengo autoridad aquí. ¡Pues no faltaba más! ¡Favor divino! ¡Maltratar a mis huéspedes dentro de mi propia casa! ¡Armar quimera con ellos, sólo por echárselas de valiente!

TEOBALDO

Tío, esto es una afrenta para nuestro linaje.

CAPULETO

Lejos, lejos de aquí. Eres un rapaz incorregible. Cara te va a costar la desobediencia. ¡Ea, basta ya! Manos quedas. .

Traed luces. . Yo te haré estar quedo. ¡Pues esto sólo faltaba! ¡A bailar, niñas!

TEOBALDO

Mis carnes se estremecen en la dura batalla de mi repentino furor y mi ira comprimida. Me voy, porque esta injuria que hoy paso, ha de traer amargas hieles.

ROMEO

(Cogiendo la mano de Julieta). Si con mi mano he profanado tan divino altar, perdonadme. Mi boca borrará la mancha, cual peregrino ruboroso, con un beso.

JULIETA

El peregrino ha errado la senda aunque parece devoto. El palmero sólo

ha de besar manos de santo.

ROMEO

¿Y no tiene labios el santo lo mismo que el romero?

JULIETA

Los labios del peregrino son para rezar.

ROMEO

¡Oh, qué santa! Truequen pues de oficio mis manos y mis labios. Rece el labio y concededme lo que pido.

JULIETA

El santo oye con serenidad las súplicas.

ROMEO

Pues oídme serena mientras mis labios rezan, y los vuestros me purifican.

(La besa)

JULIETA

En mis labios queda la marca de vuestro pecado.

ROMEO

¿Del pecado de mis labios? Ellos se arrepentirán con otro beso.

(Torna a besarla)

JULIETA

Besáis muy santamente.

AMA

Tu madre te llama.

ROMEO

¿Quién es su madre?

AMA

La señora de esta casa, dama tan sabia como virtuosa. Yo crié a su hija,

con quien ahora poco estabais hablando.

Mucho dinero necesita quien haya de casarse con ella.

ROMEO

¿Conque es Capuleto? ¡Hado enemigo¡

BENVOLIO

Vámonos, que se acaba la fiesta.

ROMEO

Harta verdad es, y bien lo siento.

CAPULETO

No os vayáis tan pronto, amigos. Aún os espera una parca cena ¿Os vais?

Tengo que daros a todos las gracias.

Buenas noches, hidalgos. ¡Luces, luces, aquí! Vámonos a acostar. Ya es

muy tarde, primo mío. Vámonos a dormir.

(Quedan solas Julieta y el Ama)

JULIETA

Ama, ¿sabes quién es este mancebo?

AMA

El mayorazgo de Fiter.

JULIETA

¿Y aquel otro que sale?

AMA

El joven Petrucio, si no me equivoco.

JULIETA

¿Y el que va detrás. . aquel que no quiere bailar?

AMA

Lo ignoro.

JULIETA

Pues trata de saberlo. Y si es casado, el sepulcro será mi lecho de bodas.

AMA

Es Montesco, se llama Romeo, único heredero de esa infame estirpe.

JULIETA

¡Amor nacido del odio, harto pronto te he visto, sin conocerte! ¡Harto tarde te he conocido! Quiere mi negra suerte que consagre mi amor al úni-

co hombre a quien debo aborrecer.

AMA

¿Qué estás diciendo?

JULIETA

Versos, que me dijo uno bailando.

AMA

Te están llamando. Ya va. No te detengas, que ya se han ido todos los huéspedes.

EL CORO

Ved cómo muere en el pecho de Romeo la pasión antigua, y cómo la sustituye una pasión nueva. Julieta viene a eclipsar con su lumbre a la belleza que mataba de amores a Romeo. Él, tan amado como amante, busca en una raza enemiga su ventura. Ella ve pendiente de enemigo anzuelo el cebo sabroso del amor. Ni él ni ella pueden declarar su anhelo. Pero la pasión buscará medios y ocasión de manifestarse.

ACTO II

ESCENA PRIMERA

Plaza pública, cerca del jardín de Capuleto.

ROMEO, BENVOLIO Y MERCUTIO

ROMEO

¿Cómo me he de ir de aquí, si mi corazón queda en esas tapias, y mi cuerpo inerte viene a buscar su centro?

BENVOLIO

¡Romeo, primo mío¡

MERCUTIO

Sin duda habrá recobrado el juicio e ídose a acostar.

BENVOLIO

Para acá viene: le he distinguido a lo lejos saltando la tapia de una huerta. Dadle voces, Mercutio.

MERCUTIO

Le voy a exorcizar como si fuera el diablo. ¡Romeo, amante insensato, esclavo de la pasión! Ven en forma de suspiro amoroso: respóndeme con un verso solo en que aconsonen bien los desdenes, y donde eches un requiebro a la madre del amor y al niño ciego, que hirió con sus dardos al rey Cofetua, y le hizo enamorarse de una pobre zagala. ¿Ves? no me contesta ni da señales de vida. Conjúrote por los radiantes ojos, y por la despejada frente, y por los róseos labios, y por el breve pie y los llenos muslos de Rosalía, que te aparezcas en tu verdadera forma.

BENVOLIO

Se va a enfadar, si te oye.

MERCUTIO

Verás cómo no; se enfadaría, si me empeñase en encerrar a un demonio en el círculo de su dama, para que ella le conjurase; pero ahora veréis cómo no se enfada con tan santa y justa invocación, como es la del nombre de su amada.

BENVOLIO

Sígueme; se habrá escondido en esas ramas para pasar la noche. El amor como es ciego, busca tinieblas. Mercutio Si fuera ciego, erraría casi siempre sus tiros1*. Buenas noches, Romeo. Voyme a acostar, porque la yerba está demasiado fría para dormir. ¿Vámonos ya?

BENVOLIO

Vamos, ¿a qué empeñarnos en buscar al que no quiere ser encontrado?

1 *

ESCENA II

Jardín de Capuleto

ROMEO

¡Qué bien se burla del dolor ajeno quien nunca sintió dolores...! (Pónese Julieta a la ventana). ¿Pero qué luz es la que asoma por allí? ¿El sol que sale ya por los balcones de oriente? Sal, hermoso sol, y mata de

envidia con tus rayos a la luna, que está pálida y ojeriza porque vence tu hermosura cualquier ninfa de tu coro. Por eso se viste de amarillo color. ¡Qué necio el que se arree con sus galas marchitas! ¡Es mi vida, es mi amor el que aparece! ¿Cómo podría yo decirla que es señora de mi alma? Nada me dijo. Pero ¿qué importa? Sus ojos hablarán, y yo responderé. ¡Pero qué atrevimiento es el mío, si no me dijo nada! Los dos más hermosos luminares del cielo la suplican que les sustituya durante su ausencia. Si sus ojos resplandecieran como astros en el cielo, bastaría su luz para ahogar los restantes como el brillo del sol mata el de una antorcha. Tal torrente de luz brotaría de sus ojos, que haría despertar a las aves a media noche, y entonar su canción como si hubiese venido la aurora! Ahora pone la mano en la mejilla. ¿Quién pudiera tocarla como el guante que la cubre?

JULIETA

¡Ay de mí!

ROMEO

¡Habló! Vuelvo a sentir su voz. ¡Ángel de amores que en medio de la noche te me apareces, cual nuncio de los cielos a la atónita vista de los mortales, que deslumbrados le miran traspasar con vuelo rapidísimo las esferas, y mecerse en las alas de las nubes!

JULIETA

¡Romeo, Romeo! ¿Por qué eres tú Romeo? ¿Por qué no reniegas del nombre de tu padre y de tu madre? Y si no tienes valor para tanto, ámame, y no me tendré por Capuleto.

ROMEO

¿Qué hago, seguirla oyendo o hablar?

JULIETA

No eres tú mi enemigo. Es el nombre de Montesco, que llevas. ¿Y qué quiere decir Montesco? No es pie ni mano ni brazo, ni semblante ni pedazo alguno de la naturaleza humana. ¿Por qué no tomas otro nombre? La rosa no dejaría de ser rosa, y de esparcir su aroma, aunque se llamase de otro modo. De igual suerte mi querido Romeo, aunque tuviese otro nombre, conservaría todas las buenas cualidades de su alma, que no le vienen por herencia. Deja tu nombre, Romeo, y en cambio de tu nombre, que no es cosa alguna sustancial, toma toda mi alma.

ROMEO

Si de tu palabra me apodero, llámame tu amante, y creeré que me he bautizado de nuevo, y que he perdido el nombre de Romeo.

JULIETA

¿Y quién eres tú que, en medio de las sombras de la noche, vienes a sorprender mis secretos?

ROMEO

No sé de cierto mi nombre, porque tú aborreces ese nombre, amada mía, y si yo pudiera, lo arrancaría de mi pecho.

JULIETA

Pocas palabras son las que aún he oído de esa boca, y sin embargo te reconozco. ¿No eres Romeo? ¿No eres de la familia de los Mostescos?

ROMEO

No seré ni una cosa ni otra, ángel mío, si cualquiera de las dos te enfada.

JULIETA

¿Cómo has llegado hasta aquí, y para qué? Las paredes de esta huerta son altas y difíciles de escalar, y aquí podrías tropezar con la muerte, siendo quien eres, si alguno de mis parientes te hallase.

ROMEO

Las paredes salté con las alas que me dio el amor, ante quien no resisten aun los muros de roca. Ni siquiera a tus parientes temo.

JULIETA

Si te encuentran, te matarán.

ROMEO

Más homicidas son tus ojos, diosa mía, que las espadas de veinte parientes tuyos. Mírame sin enojos, y mi cuerpo se hará invulnerable.

JULIETA

Yo daría un mundo porque no te descubrieran.

ROMEO

De ellos me defiende el velo tenebroso de la noche. Más quiero morir a sus manos, amándome tú, que esquivarlos y salvarme de ellos, cuando me falte tu amor.

JULIETA

¿Y quién te guió aquí?

ROMEO

El amor que me dijo dónde vivías. De él me aconsejo, él guió mis ojos que yo le había entregado. Sin ser nauchero, te juro que navegaría hasta la playa más remota de los mares por conquistar joya tan preciada.

JULIETA

Si el manto de la noche no me cubriera, el rubor de virgen subiría a mis mejillas, recordando las palabras que esta noche me has oído. En vano quisiera corregirlas o desmentirlas... ¡Resistencias vanas¡ ¿Me

amas? Sé que me dirás que sí, y que yo lo creeré. Y sin embargo podrías faltar a tu juramento, porque dicen que Jove se ríe de los perjuros de los amantes. Si me amas de veras, Romeo, dilo con sinceridad, y si me tienes por fácil y rendida al primer ruego, dímelo también, para que me ponga esquiva y ceñuda, y así tengas que rogarme. Mucho te quiero, Montesco, mucho, y no me tengas por liviana, antes he de ser más firme y constante que aquellas que padecen desdeñosas porque son astutas. Te confesaré que más disimulo hubiera guardado contigo, si no me hubieses oído aquellas palabras que, sin pensarlo yo, te revelaron todo el ardor de mi corazón. Perdóname, y no juzgues ligereza este rendirme tan pronto. La soledad de la noche lo ha hecho.

ROMEO

Júrote, amada mía, por los rayos de la luna que platean la copa de estos árboles...

JULIETA

No jures por la luna, que en su rápido movimiento cambia de aspecto cada mes. No vayas a imitar su inconstancia.

ROMEO

¿Pues por quién juraré?

JULIETA

No hagas ningún juramento. Si acaso, jura por ti mismo, por tu persona que es el dios que adoro y en quien he de creer.

ROMEO

¡Ojalá que el fuego de mi amor...!

JULIETA

No jures. Aunque me llene de alegría el verte, no quiero esta noche oír tales promesas que parecen violentas y demasiado rápidas. Son como el rayo que se extingue, apenas aparece. Aléjate ahora: quizá cuando vuelvas haya llegado a abrirse, animado por las brisas del estío, el capullo de esta flor. Adiós, y ojalá aliente tu pecho en tan dulce calma como el mío!

ROMEO

¿Y no me das más consuelo que ése?

JULIETA

¿Y qué otro puedo darte esta noche?

ROMEO

Tu fe por la mía.

JULIETA

Antes te la di que tú acertaras a pedírmela. Lo que siento es no

poder dártela otra vez.

ROMEO

¿Pues qué? ¿Otra vez quisieras quitármela?

JULIETA

Sí, para dártela otra vez, aunque esto fuera codicia de un bien que tengo ya. Pero mi afán de dártelo todo es tan profundo y tan sin límite como los abismos de la mar. ¡Cuanto más te doy, más quisiera darte!... Pero oigo ruido dentro. ¡Adiós! no engañes mi esperanza... Ama, allá voy... Guárdame fidelidad, Montesco mío. Espera un instante, que vuelvo en seguida.

ROMEO

¡Noche, deliciosa noche! Sólo temo que, por ser de noche, no pase todo esto de un delicioso sueño.

JULIETA

(Asomada otra vez a la ventana). Sólo te diré dos palabras. Si el fin de tu amor es honrado, si quieres casarte, avisa mañana al mensajero que te enviaré, de cómo y cuándo quieres celebrar la sagrada ceremonia. Yo te sacrificaré mi vida e iré en pos de ti por el mundo.

AMA (Llamando dentro). ¡Julieta!

JULIETA

Ya voy. Pero si son torcidas tus intenciones, suplícote que...

AMA

¡Julieta!

JULIETA

Ya corro... Suplícote que desistas de tu empeño, y me dejes a solas con mi dolor. Mañana irá el mensajero...

ROMEO

Por la gloria...

JULIETA

Buenas noches.

ROMEO

No. ¿Cómo han de ser buenas sin tus rayos? El amor va en busca del amor como el estudiante huyendo de sus libros, y el amor se aleja del amor como el niño que deja sus juegos para tornar al estudio.

JULIETA

(Otra vez a la ventana). ¡Romeo! ¡Romeo! ¡Oh, si yo tuviese la voz del cazador de cetrería, para llamar de lejos a los halcones! Si yo pudiera hablar a gritos, penetraría mi voz hasta la gruta de la ninfa Eco, y llegaría a ensordecerla repitiendo el nombre de mi Romeo.

ROMEO

¡Cuán grato suena el acento de mi amada en la apacible noche, protectora de los amantes! Más dulce es que música en oído atento.

JULIETA

¡Romeo!

ROMEO

¡Alma mía!

JULIETA

¿A qué hora irá mi criado mañana?

ROMEO

A las nueve.

JULIETA

No faltará. Las horas se me harán siglos hasta que esa llegue. No sé para qué te he llamado.

ROMEO

¡Déjame quedar aquí hasta que lo pienses!

JULIETA

Con el contento de verte cerca me olvidaré eternamente de lo que pensaba, recordando tu dulce compañía.

ROMEO

Para que siga tu olvido no he de irme.

JULIETA

Ya es de día. Vete... Pero no quisiera que te alejaras más que el breve trecho que consiente alejarse al pajarillo la niña que le tiene sujeto de una cuerda de seda, y que a veces le suelta de la mano, y luego le coge ansiosa, y le vuelve a soltar...

ROMEO

¡Ojalá fuera yo ese pajarillo!

JULIETA

¿Y que quisiera yo sino que lo fueras? aunque recelo que mis caricias habían de matarte. ¡Adiós, adiós! Triste es la ausencia y tan dulce la despedida, que no sé cómo arrancarme de los hierros de esta ventana.

ROMEO

¡Qué el sueño descanse en tus dulces ojos y la paz en tu alma! ¡Ojalá fuera yo el sueño, ojalá fuera yo la paz en que se duerme tu belleza! De aquí voy a la celda donde mora mi piadoso confesor, para pedirle ayuda y consejo en este trance.

ESCENA III

Celda de Fray Lorenzo

FRAY LORENZO Y ROMEO

FRAY LORENZO

Ya la aurora se sonríe mirando huir a la oscura noche. Ya con sus rayos dora las nubes de oriente. Huye la noche con perezosos pies, tropezando y cayendo como un beodo, al ver la lumbre del sol que se despierta y monta en el carro de Titán. Antes que tienda su dorada lumbre, alegrando el día y enjugando el llanto que vertió la noche, he de llenar este cesto de bien olientes flores y de yerbas primorosas. La tierra es a la vez cuna y sepultura de la naturaleza, y su seno educa y nutre de varia condición, pero ninguno tan falto de virtud que no de alimento o remedio o solaz al hombre. Extrañas son las virtudes que derramó la pródiga mano de la naturaleza, en piedras, plantas y yerbas. No hay ser inútil sobre la tierra, por vil y despreciable que parezca. Por el contrario, el ser más noble, si se emplea con mal fin, es dañino y abominable. El bien mismo se trueca en mal y el valor en vicio, cuando no sirve a un fin virtuoso. En esta flor que nace duermen escondidos a la vez medicina y veneno: los dos nacen del mismo origen, y su olor comunica deleite y vida a los sentidos, pero si se aplica al labio, esa misma flor tan aromosa mata el sentido. Así es el alma humana; dos monarcas imperan en ella, uno la humildad, otro la pasión; cuando ésta predomina, un gusano roedor consume la planta.

ROMEO

Buenos días, padre.

FRAY LORENZO

Él sea en tu guarda. ¿Quién me saluda con tan dulces palabras, al apuntar el día? Levantado y a tales horas, revela sin duda intranquilidad de conciencia, hijo mío. En las pupilas del anciano viven los cuidados veladores, y donde reina la inquietud ¿cómo habitará el sosiego? Pero en lecho donde reposa la juventud ajena de todo pesar y duelo, infunde en los miembros deliciosa calma el blanco sueño. Tu visita tan de mañana me indica que alguna triste ocasión te hace abandonar tan pronto el lecho. Y si no... será que has pasado la noche desvelado.

ROMEO

¡Eso es, y descansé mejor que dormido!

FRAY LORENZO

Perdónete Dios. ¿Estuviste con Rosalía?

ROMEO

¿Con Rosalía? Ya su nombre no suena dulce en mis oídos, ni pienso en su amor.

FRAY LORENZO

Bien haces. Luego ¿dónde estuviste?

ROMEO

Te lo diré sin ambages. En la fiesta de nuestros enemigos los Capuletos, donde a la vez herí y fui herido. Sólo tus manos podrán sanar a uno y otro contendiente. Y con esto verás que no conservo rencor a mi adversario, puesto que intercedo por él como si fuese amigo mío.

FRAY LORENZO

Dime con claridad el motivo de tu visita, si es que puedo ayudarte en algo.

ROMEO

Pues te diré en dos palabras que estoy enamorado de la hija del noble Capuleto, y que ella me corresponde con igual amor. Ya está concertado todo: sólo falta que vos bendigais esta unión. Luego os diré con más espacio dónde y cómo nos conocimos y nos juramos constancia eterna. Ahora lo que importa es que nos caséis al instante.

FRAY LORENZO

¡Por vida de mi padre San Francisco! ¡Qué pronto olvidaste a Rosalía, en quien cifrabas antes tu cariño! El amor de los jóvenes nace de los ojos y no del corazón. ¡Cuánto lloraste por Rosalía! y ahora tanto amor y tanto enojo se ha disipado como el eco. Aún no ha disipado el sol los vapores de tu llanto. Aún resuenan en mis oídos tus quejas. Aún se ven en tu rostro las huellas de antiguas lágrimas. ¿No decías que era

más bella y gentil que ninguna? y ahora te has mudado. ¡Y luego acusáis de inconstantes a las mujeres! ¿Cómo buscáis firmeza en ellas, si vosotros les dais el ejemplo de olvidar?

ROMEO

¿Pero vos no reprobabais mi amor por Rosalía?

FRAY LORENZO

Yo no reprobaba tu amor, sino tu idolatría ciega.

ROMEO

¿Y no me dijisteis que hiciera todo lo posible por ahogar ese amor?

FRAY LORENZO

Pero no para que de la sepultura de ese amor brotase otro amor nuevo y más ardiente.

ROMEO

No os enojéis conmigo, porque mi señora me quiere tanto como yo a ella y con su amor responde al mío, y la otra no.

FRAY LORENZO

Es que Rosalía quizás adivinara la ligereza de tu amor. Ven conmigo, inconstante mancebo. Yo te ayudaré a conseguir lo que deseas para que esta boda sea lazo de amistad que extinga el rencor de vuestras familias.

ROMEO

Vamos, pues, sin detenernos.

FRAY LORENZO

Vamos con calma para no tropezar.

ESCENA IV

Calle

BENVOLIO Y MERCUTIO

MERCUTIO

¿Dónde estará Romeo? ¿Pareció anoche por su casa?

BENVOLIO

Por casa de su padre no estuvo. Así me lo ha dicho su criado.

MERCUTIO

¡Válgame Dios! Esa pálida muchachuela, esa Rosalía de duras entrañas acabará por tornarle loco.

BENVOLIO

Teobaldo, el primo de Capuleto, ha escrito una carta al padre de Romeo.

MERCUTIO

Sin duda será cartel de desafío.

BENVOLIO

Pues Romeo es seguro que contestará.

MERCUTIO

Todo el mundo puede responder a una carta.

BENVOLIO

Quiero decir que Romeo sabrá tratar como se merece al dueño de la carta.

MERCUTIO

¡Pobre Romeo! Esa rubia y pálida niña le ha atravesado el corazón a estocadas, le ha traspasado los oídos con una canción de amor, y el centro del alma con las anchas flechas del volador Cupido... ¿Y quién resistirá a Teobaldo?

BENVOLIO

¿Quién es Teobaldo?

MERCUTIO

Algo más que el rey de los gatos; es el mejor y más diestro esgrimidor. Maneja la espada como tú la lengua, guardando tiempo, distancia y compás. Gran cortador de ropillas. Espadachín, espadachín de profesión, y muy enterado del inmortal passato, del punto reverso y del par.

BENVOLIO

¿Y qué quieres decir con eso?

MERCUTIO

Mala landre devore a esos nuevos elegantes que han venido con gestos y cortesías a reformar nuestras antiguas costumbres. «¡Qué buena espada, qué buen mozo, qué hermosa mujer!» Decidme, abuelos míos, ¿no es mala vergüenza que estemos llenos de estos moscones extranjeros, estos pardonnez moi, tan ufanos con sus nuevas galas y tan despreciadores de lo antiguo? ¡Oh, necedad insigne!

(Sale Romeo)

BENVOLIO

¡Aquí tienes a Romeo! ¡Aquí tienes a Romeo!

MERCUTIO

Bien roma trae el alma. No eres carne ni pescado. ¡Oh materia digna de los versos del Petrarca! Comparada con su amor Laura era una fregona, sino que tuvo mejor poeta que la celebrase; Dido una zagala, Cleopatra una gitana, Hero y Elena dos rameras, y Tisbe, a pesar de sus negros ojos, no podría competir con la suya. Bon jour, Romeo. Saludo francés corresponde a vuestras calzas francesas. Anoche nos dejaste en blanco.

ROMEO

¿Qué dices de dejar en blanco?

MERCUTIO

Que te despediste a la francesa. ¿Lo entiendes ahora?

ROMEO

Perdón. Mercutio. Tenía algo que hacer, y no estaba el tiempo para cortesías.

MERCUTIO

¿De suerte que tú también las usas a veces y doblas las rodillas?

ROMEO

Luego no soy descortés, porque eso es hacer genuflexiones.

MERCUTIO

Dices bien.

ROMEO

Pero aquello de que hablábamos es cortesía y no genuflexión.

MERCUTIO

Es que yo soy la flor de la cortesía.

ROMEO

¿Cómo no dices la flor y nata?

MERCUTIO

Porque la nata la dejo para ti2*.

ROMEO

Cállate.

MERCUTIO

¿Y no es mejor esto que andar en lamentaciones exóticas? Ahora te reconozco: eres Romeo, nuestro antiguo y buen amigo. Andabas hecho un necio con ese amor insensato.

(Salen Pedro y el Ama)

MERCUTIO

Vela, vela.

BENVOLIO

Y son dos: una saya y un sayal.

AMA

¡Pedro!

PEDRO

¿Qué?

AMA

Tráeme el abanico.

MERCUTIO

Dáselo, Pedro, que siempre será más agradable mirar su abanico que su cara.

AMA

Buenas tardes, señores.

MERCUTIO

Buenas tardes, hermosa dama.

AMA

¿Pues hemos llegado a la tarde?

MERCUTIO

No, pero la mano lasciva del reloj está señalando las doce.

AMA

2 * Siguen otros juegos de palabras difíciles de poner en castel ano so pena de sustituir otros.

¡Jesús, qué hombre!

MERCUTIO

Un hombre que Dios crió, para que luego echase él mismo a perder la obra divina.

AMA

Bien dicho. Para que echase su obra a perder... ¿Pero me podría decir alguno de vosotros dónde está el joven Romeo?

ROMEO

Yo te lo podré decir, y por cierto que ese joven será ya más viejo

cuando le encontreis, que cuando empezabais a buscarlo. Yo soy Romeo, a falta de otro más joven.

AMA

¿Lo decís de veras?

MERCUTIO

¿Conque a falta de otro mejor, os parece joven? Discretamente lo entendéis.

AMA

Si verdaderamente sois Romeo, tengo que deciros secretamente una palabra.

BENVOLIO

Si querrá citarle para esta noche...

MERCUTIO

¿Es una alcahueta, una perra?... ¡Oh, oh!...

ROMEO

¿Qué ruido es ese?

MERCUTIO

No es que haya encontrado yo ninguna liebre, ni es cosa de seguir la liebre, aunque como dice el cantar: «En cuaresma bien se puede comer una liebre vieja, pero tan vieja llega a podrirse, si se la guarda,

que no hay quien la pueda mascar». ¿Vas a casa de tu padre, Romeo? Allá iremos a comer.

ROMEO

Voy con vosotros.

MERCUTIO

Adiós, hermosa vieja; hermosa, hermosa, hermosa.

(Vanse él y Benvolio)

AMA

Bendito sea Dios, que ya se fue éste. ¿Me podríais decir (a Romeo) quién es este majadero, tan pagado de sus chistes?

ROMEO

Ama, es un amigo mío que se escucha a sí mismo y gusta de reírse sus gracias y que habla más en una hora que lo que escuchas tú en un mes.

AMA

Pues si se atreve a hablar mal de mí, él me lo pagará, aunque vengan en su ayuda otros veinte de su calaña. Y si yo misma no puedo, otros sacarán la cara por mí. Pues no faltaba más. ¡El grandísimo impertinente! ¿Si creerá que yo soy una mujer de esas?... Y tú (a Pedro) que estás ahí tan reposado, y dejas que cualquiera me insulte.

PEDRO

Yo no he visto que nadie os insulte, porque si lo viera, no tardaría un minuto en sacar mi espada. Nadie me gana en valor cuando mi causa es justa, y cuando me favorece la ley.

AMA

¡Válgame Dios! todavía me dura el enojo y las carnes me tiemblan... Una palabra sola, caballero. Corno iba diciendo, mi señorita me manda con un recado para vos. No voy a repetiros todo lo que me ha dicho. Pero si vuestro objeto es engañarla, ciertamente que será cosa indigna, porque mi señorita es una muchacha joven, y el engañarla sería muy mala obra, y no tendría perdón de Dios.

ROMEO

Ama, puedes jurar a tu señora que...

AMA

¡Bien, bien, así se lo diré, y ha de alegrarse mucho!...

ROMEO

¿Y qué le va s a decir, si todavía no me has oído nada?

AMA

Le diré que protestáis, lo cual, a fe mía, es obrar como caballero.

ROMEO

Dile que invente algún pretexto para ir esta tarde a confesarse

al convento de fray Lorenzo, y él nos confesará y casará. Toma este

regalo.

AMA

No aceptaré ni un dinero, señor mío.

ROMEO

Yo te lo mando.

AMA

¿Conque esta tarde? Pues no faltará.

ROMEO

Espérame detrás de las tapias del convento, y antes de una hora,

mi criado te llevará una escala de cuerdas para poder yo subir por ella

hasta la cima de mi felicidad. Adiós y seme fiel. Yo te lo premiaré todo.

Mis recuerdos a Julieta.

AMA

Bendito seáis. Una palabra más.

ROMEO

¿Qué, ama?

AMA

¿Es de fiar vuestro criado? ¿Nunca oísteis que a nadie fía sus secretos

el varón prudente?

ROMEO

Mi criado es fiel como el oro.

AMA

Bien, caballero. No hay señorita más hermosa que la mía. ¡Y si la hubierais conocido cuando pequeña!... ¡Ah! Por cierto que hay en la ciudad un tal Paris que de buena gana la abordaría. Pero ella, bendita sea su alma, más quisiera a un sapo feísimo que a él. A veces me divierto en enojarla, diciéndole que Paris es mejor mozo que vos, y ¡si vierais cómo se pone entonces! Más pálida que la cera. Decidme ahora: ¿Romero y Romeo no tienen la misma letra inicial?

ROMEO

Verdad es que ambos empiezan por R.

AMA

Eso es burla. Yo sé que vuestro nombre empieza con otra letra menos áspera... ¡Si vierais qué graciosos equívocos hace con vuestro nombre y con Romero! Gusto os diera oírla.

ROMEO

Recuerdos a Julieta.

AMA

Sí que se los daré mil veces. ¡Pedro!

PEDRO

¡Qué!

AMA

Torna el abanico, y guíame.

ESCENA V

Jardín de Capuleto

JULIETA Y EL AMA

JULIETA

Las nueve eran cuando envié al ama, y dijo que antes de media hora volvería. ¿Si no lo habrá encontrado? ¡Pero sí!¡Qué torpe y perezosa! Sólo el pensamiento debiera ser nuncio del amor. Él corre más que los rayos del sol cuando ahuyentan las sombras de los montes. Por eso pintan al amor con alas. Ya llega el sol a la mitad de su carrera. Tres horas van pasadas desde las nueve a las doce, y no vuelve todavía. Si ella tuviese sangre juvenil y alma, volvería con las palabras de su boca; pero la vejez es pesada como un plomo. (Salen el Ama y Pedro). ¡Gracias a Dios que viene! Ama mía, querida ama... ¿Qué noticias traes? ¿Hablaste con él? Que se vaya Pedro.

AMA

Vete, Pedro.

JULIETA

Y bien, ama querida. ¡Qué triste estás! ¿Acaso traes malas noticias? Dímelas, a lo menos, con rostro alegre. Y si son buenas, no las eches a perder con esa mirada torva.

AMA

Muy fatigada estoy. ¡Qué quebrantados están mis huesos!

JULIETA

¡Tuvieras tus huesos tú y yo mis noticias! Habla por Dios, ama mía.

AMA

¡Señor, qué prisa! Aguarda un poco. ¿No me ves sin aliento?

JULIETA

¿Cómo sin aliento, cuándo te sobra para decirme que no lo tienes? Menos que en volverlo a decir, tardarías en darme las noticias. ¿Las traes buenas o malas?

AMA

¡Qué mala elección de marido has tenido! ¡Vaya, que el tal Romeo! Aunque tenga mejor cara que los demás, todavía es mejor su pie y su mano y su gallardía. No diré que la flor de los cortesanos, pero tengo

para mí que es humilde como una oveja. ¡Bien has hecho, hija! y que Dios te ayude. ¿Has comido en casa?

JULIETA

Calla, calla; eso ya me lo sabía yo. ¿Pero qué hay de la boda? dímelo.

AMA

¡Jesús! ¡Qué cabeza la mía! Pues, y la espalda... ¡Cómo me mortifican los riñones! ¡La culpa es tuya que me haces andar por esos andurriales, abriéndome la sepultura antes de tiempo. Julieta Mucho, siento tus males, pero acaba de decirme, querida ama, lo que te contestó mi amor. Ama Habló como un caballero lleno de discreción y gentileza; puedes creerme. ¿Dónde está tu madre? Julieta ¿Mi madre? Allá dentro. ¡Vaya una pregunta! Ama ¡Válgame Dios! ¿Te enojas conmigo? ¡Buen emplasto para curar mis quebraduras! Otra vez vas tú misma a esas comisiones.

JULIETA

Pero ¡qué confusión! ¿Qué es en suma lo que te dijo Romeo?

AMA

¿Te dejarán ir sola a confesar?

JULIETA

Sí.

AMA

Pues allí mismo te casarás. Vete a la celda de fray Lorenzo. Ya se cubren de rubor tus mejillas con tan sencilla nueva.

Vete al convento. Yo, iré por otra parte a buscar la escalera, con que tu amante ha de escalar el nido del amor. A la celda, pues, y yo a comer.

JULIETA

¡Y yo a mi felicidad! ama mía.

ESCENA VI

Celda de Fray Lorenzo

FRAY LORENZO Y ROMEO

FRAY LORENZO

¡El cielo mire con buenos ojos la ceremonia que vamos a cumplir, y no nos castigue por ella en adelante!

ROMEO

¡Así sea, así sea! Pero por muchas penas que vengan no bastarán a destruir la impresión de este momento de ventura. Junta nuestras manos, y con tal que yo pueda llamarla mía, no temeré ni siquiera a la muerte, verdugo del amor.

FRAY LORENZO

Nada violento es duradero: ni el placer ni la pena: ellos mismos se consumen como el fuego y la pólvora al usarse. La excesiva dulcedumbre de la miel empalaga al labio. Ama, pues, con templanza. Aquí está la dama: (sale Julieta) su piel es tan leve que no desgastará nunca la eterna roca; tan ligera que puede correr sobre las telas de araña sin romperlas.

JULIETA

Buenas tardes, reverendo confesor.

FRAY LORENZO

Romeo te dará las gracias en nombre de los dos.

JULIETA

Por eso le he incluido en el saludo. Si no, pecaría él de exceso de cortesía.

ROMEO

¡Oh, Julieta! Si tu dicha es como la mía y puedes expresarla con más arte, alegra con tus palabras el aire de este aposento y deja que tu voz proclame la ventura que hoy agita el alma de los dos.

JULIETA

El verdadero amor es más pródigo de obras que de palabras: más

rico en la esencia que en la forma. Sólo el pobre cuenta su caudal. Mi tesoro es tan grande que yo no podría contar ni siquiera la mitad.

FRAY LORENZO

Acabemos pronto. No os dejaré solos hasta que os llegue la bendición nupcial.

ACTO III

ESCENA PRIMERA

Plaza de Verona

MERCUTIO, BENVOLIO

BENVOLIO

Amigo Mercutio, pienso que debíamos refrenarnos, porque hace mucho calor, y los Capuletos andan encalabrinados, y ya sabes que en verano hierve mucho la sangre.

MERCUTIO

Tú eres uno de esos hombres que cuando entran en una taberna, ponen la espada sobre la mesa, como diciendo: «ojalá que no te necesite», y luego, a los dos tragos, la sacan, sin que nadie les provoque.

BENVOLIO

¿Dices que yo soy de ésos?

MERCUTIO

Y de los más temibles espadachines de Italia, tan fácil de entrar en cólera como de provocar a los demás.

BENVOLIO

¿Por qué dices eso?

MERCUTIO

Si hubiera otro como tú, pronto os mataríais. Capaz eres de reñir por un solo pelo de la barba. Donde nadie vería ocasión de camorra, la ves tú. Llena está de riña tu cabeza, como de yema un huevo, y eso que a porrazos te han puesto tan blanda como una yema, la cabeza. Reñiste con uno porque te vio en la calle y despertó a tu perro que estaba durmiendo al sol. Y con un sastre porque estrenó su ropa nueva antes de Pascua, y con otro porque ataba sus zapatos con cintas viejas. ¿Si vendrás tú a enseñarme moderación y prudencia?

BENVOLIO

Si yo fuera tan camorrista como tú, ¿quién me aseguraría la vida ni siquiera un cuarto de hora?... Mira, aquí vienen los

CAPULETOS.

Mercutio

¿Y qué se me da a mí, vive Dios?

(Teobaldo y otros)

TEOBALDO

Estad cerca de mí, que tengo que decirles dos palabras. Buenas tardes, hidalgos. Quisiera hablar con uno de vosotros.

MERCUTIO

¿Hablar sólo? Más valiera que la palabra viniese acompañada de algo, v. g., de un golpe.

TEOBALDO

Hidalgo, no dejaré de darle si hay motivo.

MERCUTIO

¿Y no podéis encontrar motivo sin que os lo den?

TEOBALDO

Mercutio, tú estás de acuerdo con Romeo.

MERCUTIO

¡De acuerdo! ¿Has creído que somos músicos? Pues aunque lo seamos, no dudes que en esta ocasión vamos a desafinar. Yo te haré bailar con mi arco de violín. ¡De acuerdo! ¡Válgame Dios!

BENVOLIO

Estamos entre gentes. Buscad pronto algún sitio retirado, donde satisfaceros, o desocupad la calle, porque todos nos están mirando.

MERCUTIO

Para eso tienen ojos. No me voy de aquí por dar gusto a nadie.

TEOBALDO

Adiós, señor. Aquí está el doncel que buscábamos.

(Entra Romeo)

MERCUTIO

Mátenme si él lleva los colores de vuestro escudo. Aunque de fijo os seguirá al campo, y por eso le llamáis doncel.

TEOBALDO

Romeo, sólo una palabra me consiente decirte el odio que te profeso. Eres un infame.

ROMEO

Teobaldo, tales razones tengo para quererte que me hacen perdonar hasta la bárbara grosería de ese saludo. Nunca he sido infame. No me conoces. Adiós.

TEOBALDO

Mozuelo imberbe, no intentes cobardemente excusar los agravios que me has hecho. No te vayas, y defiéndete.

ROMEO

Nunca te agravié. Te lo afirmo con juramento. Al contrario hoy te amo más que nunca, y quizá sepas pronto la razón de este cariño. Vete

en paz, buen Capuleto, nombre que estimo tanto como el mío.

MERCUTIO

¡Qué extraña cobardía! Decídanlo las estocadas. Teobaldo, espadachín, ¿quieres venir conmigo?

TEOBALDO

¿Qué me quieres?

MERCUTIO

Rey de los gatos, sólo quiero una de tus siete vidas, y luego aporrearte a palos las otras seis. ¿Quieres tirar de las orejas a tu espada, y sacarla de la vaina? Anda presto, porque si no, la mía te calentará tus orejas antes que la saques.

TEOBALDO

Soy contigo.

ROMEO

Detente, amigo Mercutio.

MERCUTIO

Adelante, hidalgo. Enseñadme ese quite.

(Se baten)

ROMEO

Saca la espada, Benvolio. Separémoslos. ¡Qué afrenta, hidalgos!

¡Oíd, Teobaldo! ¡Oye, Mercutio! ¿No sabéis que el Príncipe ha prohibido sacar la espada en las calles de Verona? Deteneos, Teobaldo y Mercutio.

(Se van Teobaldo y sus amigos)

MERCUTIO

Mal me han herido. ¡Mala peste a Capuletos y Montescos! Me hirieron y no los herí.

ROMEO

¿Te han herido?

MERCUTIO

Un arañazo, nada más, un arañazo, pero necesita cura. ¿Dónde está mi paje, para que me busque un cirujano?

(Se va el paje)

ROMEO

No temas. Quizá sea leve la herida.

MERCUTIO

No es tan honda como un pozo, ni tan ancha como el pórtico de una iglesia, pero basta. Si mañana preguntas por mí, verásme tan callado como un muerto. Ya estoy escabechado para el otro mundo. Mala landre devore a vuestras dos familias. ¡Vive Dios! ¡Qué un perro, una

rata, un ratón, un gato mate así a un hombre! Un matón, un pícaro, que pelea contra los ángulos y reglas de la esgrima. ¿Para qué te pusiste a separarnos? Por debajo de tu brazo me ha herido.

ROMEO

Fue con buena intención.

MERCUTIO

Llévame de aquí, Benvolio, que me voy a desmayar. ¡Mala landre devore a entrambas casas! Ya soy una gusanera. ¡Maldita sea la discordia de Capuletos y Montescos!

(Vanse)

ROMEO

Por culpa mía sucumbe este noble caballero, tan cercano deudo del Príncipe. Estoy afrentado por Teobaldo, por Teobaldo que ha de ser mi pariente dentro de poco. Tus amores, Julieta, me han quitado el brío y ablandado el temple de mi acero.

BENVOLIO

(Que vuelve). ¡Ay, Romeo! Mercutio ha muerto. Aquella alma audaz, que hace poco despreciaba la tierra, se ha lanzado ya a las nubes.

ROMEO

Y de este día sangriento nacerán otros que extremarán la copia de

mis males.

BENVOLIO

Por allí vuelve Teobaldo.

ROMEO

Vuelve vivo y triunfante. ¡Y Mercutio muerto! Huye de mí, dulce templanza. Sólo la ira guíe mi brazo. Teobaldo, ese mote de infame que tú me diste, yo te le devuelvo ahora, porque el alma de Mercutio está desde las nubes llamando a la tuya, y tú o yo o los dos hemos de seguirle forzosamente.

TEOBALDO

Pues vete a acompañarle tú, necio, que con él ibas siempre.

ROMEO

Ya lo decidirá la espada.

(Se baten, y cae herido Teobaldo)

BENVOLIO

Huye, Romeo. La gente acude y Teobaldo está muerto. Si te alcanzan, vas a ser condenado a muerte. No te detengas como pasmado. Huye, huye.

ROMEO

Soy triste juguete de la suerte.

BENVOLIO

Huye, Romeo.

(Acude gente)

CIUDADANO 1.º

¿Por dónde habrá huido Teobaldo, el asesino de Mercutio?

BENVOLIO

Ahí yace muerto Teobaldo.

CIUDADANO 1.º

Seguidme todos. En nombre del Príncipe lo mando.

(Entran el Príncipe con sus guardias, Montescos, Capuletos, etc.)

EL PRÍNCIPE

¿Dónde están los promovedores de esta reyerta?

BENVOLIO

Ilustre Príncipe, yo puedo referiros todo lo que aconteció. Teobaldo mató al fuerte Mercutio, vuestro deudo, y Romeo mató a Teobaldo.

LA SEÑORA DE CAPULETO

¡Teobaldo! ¡Mi sobrino, hijo de mi hermano! ¡Oh, Príncipe! un Montesco ha asesinado a mi deudo. Si sois justo, dadnos sangre por sangre. ¡Oh, sobrino mío!

PRÍNCIPE

Dime con verdad, Benvolio. ¿Quién comenzó la pelea?

BENVOLIO

Teobaldo, que luego murió a manos de Romeo. En vano Romeo con dulces palabras le exhortaba a la concordia, y le traía al recuerdo vuestras ordenanzas: todo esto con mucha cortesía y apacible ademán. Nada bastó a calmar los furores de Teobaldo, que ciego de ira, arremetió con el acero desnudo contra el infeliz Mercutio. Mercutio le resiste primero a hierro, y apartando de sí la suerte, quiere arrojarla del lado de Teobaldo. Éste le esquiva con ligereza. Romeo se interpone, clamando: «Paz, paz, amigos». En pos de su lengua va su brazo a interponerse entre las armas matadoras, pero de súbito, por debajo de ese brazo, asesta Teobaldo una estocada que arrebata la vida al pobre Mercutio; Teobaldo huye a toda prisa, pero a poco rato vuelve, y halla a Romeo, cuya cólera estalla. Arrójanse como rayos al combate, y antes de poder atravesarme yo, cae Teobaldo y huye Romeo. Esta es la verdad lisa y llana, por vida de Benvolio.

LA SEÑORA DE CAPULETO

No ha dicho verdad. Es pariente de los Montescos, y la afición que les tiene le ha obligado a mentir. Más de veinte espadas se desenvainaron cordra mi pobre sobrino. Justicia, Príncipe. Si Romeo mató a

Teobaldo, que muera Romeo.

PRÍNCIPE

Él mató a Mercutio, según se infiere del relato. ¿Y quién pide justicia, por una sangre tan cara?

MONTESCO

No era Teobaldo el deudor, aunque fuese amigo de Mercutio, ni debía haberse tomado la justicia por su mano, hasta que las leyes decidiesen.

PRÍNCIPE

En castigo, yo te destierro. Vuestras almas están cegadas por el encono, y a pesar vuestro he de haceros llorar la muerte de mi deudo. Seré inaccesible a lágrimas y a ruegos. No me digáis palabra. Huya Romeo; porque si no huye, le alcanzará la muerte. Levantad el cadáver. No sería clemencia perdonar al homicida.

ESCENA II

Jardín en casa de Capuleto

JULIETA Y EL AMA

JULIETA

Corred, corred a la casa de Febo, alados corceles del sol. El látigo de Faetón os lance al ocaso. Venga la dulce noche a tender sus espesas

cortinas. Cierra ¡oh sol! tus penetrantes ojos, y deja que en el silencio venga a mí mi Romeo, e invisible se lance en mis brazos. El amor es ciego y ama la noche, y a su luz misteriosa cumplen sus citas los amantes. Ven, majestuosa noche, matrona de humilde y negra túnica, y enséñame a perder en el blando juego, donde las vírgenes empeñan su castidad. Cubre con tu manto la pura sangre que arde en mis mejillas. Ven, noche; ven, Romeo, tú que eres mi día en medio de esta noche, tú que ante sus tinieblas pareces un copo de nieve sobre las negras alas del cuervo. Ven, tenebrosa noche, amiga de los amantes, y vuélveme a mi Romeo. Y cuando muera, convierte tú cada trozo de su cuerpo en una estrella relumbrante, que sirva de adorno a tu manto, para que todos se enamoren de la noche, desenamorándose del sol. Ya he adquirido el castillo de mi amor, pero aún no le poseo. Ya estoy vendida, pero no entregada a mi señor. ¡Qué día tan largo! tan largo como víspera de domingo para el niño que ha de estrenar en él un traje nuevo. Pero aquí viene mi ama, y me traerá noticias de él. (Llega el ama con una escala de cuerdas). Ama, ¿qué noticias traes? ¿Esa es la escala que te dijo Romeo?

AMA

Sí, esta es la escala.

JULIETA

¡Ay, Dios! ¿Qué sucede? ¿Por qué tienes las manos cruzadas?

AMA

¡Ay, señora! murió, murió. Perdidas somos. No hay remedio... Murió. Le mataron... Está muerto.

JULIETA

¿Pero cabe en el mundo tal maldad?

AMA

En Romeo cabe. ¿Quién pudiera pensar tal cosa de Romeo?

JULIETA

¿Y quién eres tú, demonio, que así vienes a atormentarme? Suplicio igual sólo debe de haberle en el infierno. Dime, ¿qué pasa? ¿Se ha matado Romeo? Dime que sí, y esta palabra basta. Será más homicida que mirada de basilisco. Di que sí o que no, que vive o que muere. Con una palabra puedes calmar o serenar mi pena.

AMA

Sí: yo he visto la herida. La he visto por mis ojos. Estaba muerto: amarillo como la cera, cubierto todo de grumos de sangre cuajada. Yo me desmayé al verle.

JULIETA

¡Estalla, corazón mío, estalla! ¡Ojos míos, yaceréis desde ahora en prisión tenebrosa, sin tornar a ver la luz del día!

¡Tierra, vuelve a la tierra! Sólo resta morir, y que un mismo túmulo cubra mis restos y los de Romeo.

AMA

¡Oh, Teobaldo amigo mío, caballero sin igual, Teobaldo! ¿Por qué he vivido yo para verte muerto?

JULIETA

Pero ¡qué confusión es esta en que me pones! ¿Dices que Romeo ha muerto, y que ha muerto Teobaldo, mi dulce primo? Toquen, pues, la trompeta del juicio final. Si esos dos han muerto, ¿qué importa que vivan los demás?

AMA

A Teobaldo mató Romeo, y éste anda desterrado.

JULIETA

¡Válgame Dios! ¿Conque Romeo derramó la sangre de Teobaldo? ¡Alma de sierpe, oculta bajo capa de flores! ¿Qué dragón tuvo jamás tan espléndida gruta? Hermoso tirano, demonio angelical, cuervo con plumas de paloma, cordero rapaz como lobo, materia vil de forma celeste, santo maldito, honrado criminal, ¿en qué pensabas, naturaleza

de los infiernos, cuando encerraste en el paraíso de ese cuerpo el alma de un condenado? ¿Por qué encuadernaste tan bellamente un libro de tan perversa lectura? ¿Cómo en tan magnífico palacio pudo habitar la traición y el dolo?

AMA

Los hombres son todos unos. No hay en ellos verdad, ni fe, ni constancia. Malvados, pérfidos, trapaceros... ¿Dónde está mi escudero? Dame unas gotas de licor. Con tantas penas voy a envejecer antas de tiempo. ¡Qué afrenta para Romeo!

JULIETA

¡Maldita la lengua que tal palabra osé decir! En la noble cabeza de Romeo no es posible deshonra. En su frente reina el honor como soberano monarca. ¡Qué necia yo que antes decía mal de él!

AMA

¿Cómo puedes disculpar al que mató a tu primo?

JULIETA

¿Y cómo he de decir mal de quien es mi esposo? Mató a mi primo, porque si no, mi primo le hubiera matado a él. ¡Atrás, lágrimas mías, tributo que erradamente ofrecí al dolor, en vez de ofrecerle al gozo! Vive mi esposo, a quien querían dar muerte, y su matador yace por

tierra. ¿A qué es el llanto? Pero creo haberte oído otra palabra que me angustia mucho más que la muerte de Teobaldo. En vano me esfuerzo por olvidarla. Ella pesa sobre mi conciencia, como puede pesar en el alma de un culpable el remordimiento. Tú dijiste que Teobaldo había sido muerto y Romeo desterrado. Esta palabra desterrado me pesa más que la muerte de diez mil Teobaldos. ¡No bastaba con la muerte de Teobaldo, o es que las penas se deleitan con la compañía y nunca vienen solas! ¿Por qué cuando dijiste: «ha muerto Teobaldo», no añadiste: «tu padre o tu madre, o los dos»? Aun entonces no hubiera sido mayor mi pena. ¡Pero decir: «Romeo desterrado»¡ Esta palabra basta a causar la muerte a mi padre y a mi madre, y a Romeo y a Julieta. «¡Desterrado Romeo!» Dime, ¿podrá encontrarse término o límite a la profundidad de este abismo? ¿Dónde están mi padre y mi madre? Dímelo.

AMA

Llorando sobre el cadáver de Teobaldo. ¿Quieres que te acompañe allá?

JULIETA

Ellos con su llanto enjugarán las heridas. Yo entre tanto lloraré por el destierro de Romeo. Toma tú esa escalera, a quien su ausencia priva de su dulce objeto. Ella debía haber sido camino para mi lecho

nupcial. Pero yo moriré virgen y casada. ¡Adiós, escala de cuerda! ¡Adiós, nodriza! Me espera el tálamo de la muerte.

AMA

Retírate a tu aposento. Voy a buscar a Romeo sin pérdida de tiempo. Está escondido en la celda de Fray Lorenzo. Esta noche vendrá a verte.

JULIETA

Dale en nombre mío esta sortija, y dile que quiero oír su postrera despedida.

ESCENA III

Celda de Fray Lorenzo

FRAY LORENZO Y ROMEO

FRAY LORENZO

Ven, pobre Romeo. La desgracia se ha enamorado de ti, y el dolor se ha desposado contigo.

ROMEO

Decidme, padre. ¿Qué es lo que manda el Príncipe? ¿Hay alguna pena nueva que yo no haya sentido?

FRAY LORENZO

Te traigo la sentencia del Príncipe.

ROMEO

¿Y cómo a de ser si no es de muerte?

FRAY LORENZO

No. Es algo menos dura. No es de muerte sino de destierro. Romeo

¡De destierro! Clemencia, padre. Decid de muerte. El destierro me infunde más temor que la muerte. No me habléis de destierro.

FRAY LORENZO

Te manda salir de Verona, pero no temas: ancho es el mundo.

ROMEO

Fuera de Verona no hay mundo, sino purgatorio, infierno y desesperación. Desterrarme de Verona es como desterrarme de la tierra. Lo mismo da que digáis muerte que destierro. Con un hacha de oro cortáis mi cabeza, y luego os reís del golpe mortal.

FRAY LORENZO

¡Oh, qué negro pecado es la ingratitud! Tu crimen merecía muerte, pero la indulgencia del Príncipe trueca la muerte en destierro, y aún no se lo agradeces.

ROMEO

Tal clemencia es crueldad. El cielo está aquí donde vive Julieta. Un perro, un ratón, un gato pueden vivir en este cielo y verla. Sólo Romeo

no puede. Más prez, más gloria, más felicidad tiene una mosca o un tábano inmundo que Romeo. Ellos pueden tocar aquella blanca y maravillosa mano de Julieta, o posarse en sus benditos labios, en esos labios tan llenos de virginal modestia que juzgan pecado el tocarse. No lo hará Romeo. Le mandan volar y tiene envidia a las moscas que vuelan. ¿Por qué decís que el destierro no es la muerte? ¿No teníais algún veneno sutil, algún hierro aguzado que me diese la muerte más pronto que esa vil palabra «desterrado»? Eso es lo que en el infierno se dicen unos a otros los condenados. ¿Y tú, sacerdote, confesor mío y mi amigo mejor, eres el que vienes a matarme con esa palabra?

FRAY LORENZO

Oye, joven loco y apasionado.

ROMEO

¿Vais a hablarme otra vez del destierro?

FRAY LORENZO

Yo te daré tal filosofía que te sirva de escudo y vaya aliviándote.

ROMEO

¡Destierro! ¡Filosofía! Si no basta para crear otra Julieta, para arrancar un pueblo de su lugar, o para hacer variar de voluntad a un príncipe, no me sirve de nada, ni la quiero, ni os he de oír.

FRAY LORENZO

¡Ay, hijo mio! Los locos no oyen.

ROMEO

¿Y cómo han de oír, si los que están en su seso no tienen ojos?

FRAY LORENZO

Te daré un buen consejo.

ROMEO

No podéis hablar de lo que no sentís. Si fuerais joven, y recién casado con Julieta, y la adoraseis ciegamente como yo, y hubierais dado muerte a Teobaldo, y os desterrasen, os arrancaríais los cabellos al hablar, y os arrastraríais por el suelo como yo, midiendo vuestra sepultura.

(Llaman dentro)

FRAY LORENZO

Llaman. Levántate y ocúltate, Romeo.

ROMEO

No me levantaré. La nube de mis suspiros me ocultará de los que vengan.

FRAY LORENZO

¿No oyes? ¿Quién va?... Levántate, Romeo, que te van a prender...

Ya voy... Levántate. Pero, Dios mío, ¡qué terquedad, qué locura! Ya voy. ¿Quién llama? ¿Qué quiere decir esto?

AMA

(Dentro). Dejadme entrar. Traigo un recado de mi ama Julieta.

FRAY LORENZO

Bien venida seas.

(Entra el Ama)

AMA

Decidme, santo fraile. ¿Dónde está el esposo y señor de mi señora?

FRAY LORENZO

Mírale ahí tendido en el suelo y apacentándose de sus lágrimas.

AMA

Lo mismo está mi señora: enteramente igual.

FRAY LORENZO

¡Funesto amor! ¡Suerte cruel!

AMA

Lo mismo que él: llorar y gemir. Levantad, levantad del suelo: tened firmeza varonil. Por amor de ella, por amor de Julieta. Levantaos, y no lancéis tan desesperados ayes.

ROMEO

Ama.

AMA

Señor, la muerte lo acaba todo.

ROMEO

Decías no sé qué de Julieta. ¿Qué es de ella? ¿No llama asesino a mí que manché con sangre la infancia de nuestra ventura? ¿Dónde está? ¿Qué dice?

AMA

Nada, señor. Llorar y más llorar. Unas veces se recuesta en el lecho, otras se levanta, grita: «Teobaldo», «Romeo», y vuelve a acostarse.

ROMEO

Como si ese nombre fuera bala de arcabuz que la matase, como lo fue la infame mano de Romeo que mató a su pariente. Decidme, padre, ¿en qué parte de mi cuerpo está mi nombre? Decídmelo, porque quiero saquear su odiosa morada.

(Saca el puñal)

FRAY LORENZO

Detén esa diestra homicida. ¿Eres hombre? Tu exterior dice que sí, pero tu llanto es de mujer, y tus acciones de bestia falta de libre albedrío. Horror me causas. Juro por mi santo hábito que yo te había

creído de voluntad más firme. ¡Matarte después de haber matado a Teobaldo! Y matar además a la dama que sólo vive por ti. Dime, ¿por qué maldices de tu linaje, y del cielo y de la tierra? Todo lo vas a perder en un momento, y a deshonrar tu nombre y tu familia, y tu amor y tu juicio. Tienes un gran tesoro, tesoro de avaro, y no lo empleas en realzar tu persona, tu amor y tu ingenio. Ése tu noble apetito es figura de cera, falta de aliento viril. Tu amor es perjurio y juramento vacío, y profanación de lo que juraste, y tu entendimiento, que tanto realce daba a tu amor y a tu fortuna, es el que ciega y descamina a tus demás potencias, como soldado que se inflama con la misma pólvora que tiene, y perece víctima de su propia defensa. ¡Alienta, Romeo! Acuérdate que vive Julieta, por quien hace un momento hubieras dado la vida. Este es un consuelo. Teobaldo te buscaba para matarte, y le mataste tú. He aquí otro consuelo. La ley te condenaba a muerte, y la sentencia se conmutó en destierro. Otro consuelo más. Caen sobre ti las bendiciones del cielo, y tú, como mujer liviana, recibes de mal rostro a la dicha que llama a tus puertas. Nunca favorece Dios a los ingratos. Vete a ver a tu esposa; sube por la escala, como lo dejamos convenido. Consuélala, y huye de su lado antes que amanezca. Irás a Mantua, y allí permanecerás, hasta que se pueda divulgar tu casamiento, hechas las

paces entre vuestras familias y aplacada la indignación del Príncipe. Entonces volverás, mil veces más alegre que triste te vas ahora. Vete, nodriza. Mil recuerdos a tu ama. Haz que todos se recojan presto, lo cual será fácil por el disgusto de hoy. Dila que allá va Romeo.

AMA

Toda la noche me estaría oyéndoos. ¡Qué gran cosa es el saber! Voy a animar a mi ama con vuestra venida.

ROMEO

Sí: dile que se prepare a reñirme.

AMA

Toma este anillo que ella me dio, y vete, que ya cierra la noche.

(Vase)

ROMEO

Ya renacen mis esperanzas.

FRAY LORENZO

Adiós. No olvides lo que te he dicho. Sal antes que amanezca, y si sales después, vete disfrazado; y a Mantua. Tendrás con frecuencia noticias mías, y sabrás todo lo que pueda interesarte. Adiós. Dame la mano. Buenas noches.

ESCENA IV

Sala en casa de Capuleto

CAPULETO, SU MUJER Y PÁRIS

CAPULETO

La reciente desgracia me ha impedido hablar con mi hija. Tanto ella como yo queríamos mucho a Teobaldo. Pero la muerte es forzosa. Ya es tarde para que esta noche nos veamos, y a fe mía os juro que si no fuera por vos, ya hace una hora que me habría acostado.

PARIS

Ni es esta ocasión de galanterías sino de duelo. Dad mis recuerdos a vuestra hija.

CAPULETO

Paris, os prometo solemnemente la mano de mi hija. Creo que ella me obedecerá. Puedo asegúraroslo. Esposa mía, antes de acostarte, ve a contarla el amor de Paris, y dila que el miércoles próximo... Pero ¿qué día es hoy?

PARIS

Lunes.

CAPULETO

¡Lunes! Pues no puede ser el miércoles. Que sea el jueves. Dile que el jueves se casará con el conde. ¿Estáis contento?

No tendremos fiesta. Sólo convidaré a los amigos íntimos, porque estando tan fresca la muerte de Teobaldo, el convidar a muchos parecería indicio de poco sentimiento. ¿Os parece bien el jueves?

PARIS

¡Ojalá fuese mañana!

CAPULETO

Adelante, pues: que sea el jueves. Avisa a Julieta, antes de acostarte. Adiós, amigo. Alumbradme. Voy a mi alcoba. Es tan tarde, que pronto amanecerá. Buenas noches.

ESCENA V

Galería cerca del cuarto de Julieta, con una ventana que da al jardín

ROMEO Y JULIETA

JULIETA

¿Tan pronto te vas? Aún tarda el día. Es el canto del ruiseñor, no el de la alondra el que resuena. Todas las noches se posa a cantar en aquel granado. Es el ruiseñor, amado mío.

ROMEO

Es la alondra que anuncia el alba; no es el ruiseñor. Mira, amada mía, cómo se van tiñendo las nubes del oriente con los colores de la aurora. Ya se apagan las antorchas de la noche. Ya se adelanta el día con

rápido paso sobre las húmedas cimas de los montes. Tengo que partir, o si no, aquí me espera la muerte.

JULIETA

No es esa luz la de la aurora. Te lo aseguro. Es un meteoro que desprende de su lumbre el sol para guiarte en el camino de Mantua. Quédate. ¿Por qué te vas tan luego?

ROMEO

¡Que me prendan, que me maten! Mandándolo tú, poco importa. Diré que aquella luz gris que allí veo no es la de la mañana sino el pálido reflejo de la luna. Diré que no es el canto de la alondra el que resuena. Más quiero quedarme que partir. Ven, muerte, pues Julieta lo quiere. Amor mío, hablemos, que aún no amanece.

JULIETA

Sí, vete, que es la alondra la que canta con voz áspera y destemplada. ¡Y dicen que son armoniosos sus sones, cuando a nosotros viene a separarnos! Dicen que cambia de ojos como el sapo. ¡Ojalá cambiara de voz! Maldita ella que me aparta de tus atractivos. Vete, que cada vez se clarea más la luz.

ROMEO

¿Has dicho la luz? No, sino las tinieblas de nuestro destino.

(Entra el Ama)

AMA

¡Julieta!

JULIETA

¡Ama!

AMA

Tu madre viene. Ya amanece. Prepárate y no te descuides.

ROMEO

¡Un beso! ¡Adiós, y me voy!

(Vase por la escala)

JULIETA

¿Te vas? Mi señor, mi dulce dueño, dame nuevas de ti todos los días, a cada instante. Tan pesados corren los días infelices, que temo envejecer antes de tornar a ver a mi Romeo.

ROMEO

Adiós. Te mandaré noticias mías y mi bendición por todos los medios que yo alcance.

JULIETA

¿Crees que volveremos a vernos?

ROMEO

Sí, y que en dulces coloquios de amor recordaremos nuestras angustias de ahora.

JULIETA

¡Válgame Dios! ¡Qué présaga tristeza la mía! Parece que te veo difunto sobre un catafalco. Aquel es tu cuerpo, o me engañan los ojos.

ROMEO

Pues también a ti te ven los míos pálida y ensangrentada. ¡Adiós, adiós! (Vase)

JULIETA

¡Oh, fortuna! te llaman mudable: a mi amante fiel poco le importan tus mudanzas. Sé mudable en buen hora, y así no le detendrás y me le restituirás luego.

SEÑORA DE CAPULETO (Dentro).

Hija, ¿estás despierta?

JULIETA

¿Quién me llama? Madre, ¿estás despierta todavía o te levantas ahora? ¿Qué novedad te trae a mí?

(Entra la señora de Capuleto)

SEÑORA DE CAPULETO

¿Qué es esto, Julieta?

JULIETA

Estoy mala.

SEÑORA DE CAPULETO

¿Todavía lloras la muerte de tu primo? ¿Crees que tus lágrimas pueden devolverle la vida? Vana esperanza. Cesa en tu llanto, que aunque es signo de amor, parece locura.

JULIETA

Dejadme llorar tan dura suerte.

SEÑORA DE CAPULETO

Eso es llorar la pérdida, y no al amigo.

JULIETA

Llorando la pérdida, lloro también al amigo. Señora de Capuleto Más que por el muerto ¿lloras por ese infame que le ha matado? Julieta ¿Qué infame, madre? Señora de Capuleto Romeo. Julieta (Aparte). ¡Cuánta distancia hay entre él y un infame! (Alto). Dios le perdone como le perdono yo, aunque nadie me ha angustiado tanto como él.

SEÑORA DE CAPULETO

Eso será porque todavía vive el asesino.

JULIETA

Sí, y donde mi venganza no puede alcanzarle. Yo quisiera vengar a

mi primo.

SEÑORA DE CAPULETO

Ya nos vengaremos. No llores. Yo encargaré a uno de Mantua, donde ese vil ha sido desterrado, que le envenenen con alguna mortífera droga. Entonces irá a hacer compañía a Teobaldo, y tú quedarás contenta y vengada.

JULIETA

Satisfecha no estaré, mientras no vea a Romeo... muerto... Señora, si hallas alguno que se comprometa a darle el tósigo, yo misma le prepararé, y así que lo reciba Romeo, podrá dormir tranquilo. Hasta su nombre me es odioso cuando no lo tengo cerca, para vengar en él la sangre de mi primo.

SEÑORA DE CAPULETO

Busca tú el modo de preparar el tósigo, mientras yo busco a quien ha de administrárselo. Ahora oye tú una noticia agradable.

JULIETA

¡Buena ocasión para gratas nuevas! ¿Y cuál es, señora?

SEÑORA DE CAPULETO

Hija, tu padre es tan bueno que deseando consolarte, te prepara un día de felicidad que ni tú ni yo esperábamos.

JULIETA

¿Y que día es ese?

SEÑORA DE CAPULETO

Pues es que el jueves, por la mañana temprano, el conde Paris, ese gallardo y discreto caballero, se desposará contigo en la iglesia de San Pedro.

JULIETA

Pues te juro, por la iglesia de San Pedro, y por San Pedro purísimo, que no se desposará. ¿A qué es tanta prisa? ¿Casarme con él cuando todavía no me ha hablado de amor? Decid a mi padre, señora, que todavía no quiero casarme. Cuando lo haga, con juramento os digo que antes será mi esposo Romeo, a quien aborrezco, que Paris. ¡Vaya una noticia que me traéis!

SEÑORA DE CAPULETO

Aquí viene tu padre. Díselo tú, y verás cómo no le agrada.

(Entran Capuleto y el Ama)

CAPULETO

A la puesta del sol cae el rocío, pero cuando muere el hijo de mi hermano, cae la lluvia a torrentes. ¿Aún no ha acabado el aguacero, niña? Tu débil cuerpo es nave y mar y viento. En tus ojos hay marca de lá-

grimas, y en ese mar navega la barca de tus ansias, y tus suspiros son el viento que la impele. Dime, esposa, ¿has cumplido ya mis órdenes?

SEÑORA DE CAPULETO

Sí, pero no lo agradece. ¡Insensata! Con su sepulcro debía casarse.

CAPULETO

¿Eh? ¿Qué es eso? Esposa mía. ¿Qué es eso de no querer y no agradecer? ¿Pues no la enorgullece el que la hayamos encontrado para esposo un tan noble caballero?

JULIETA

¿Enorgullecerme? No, agradecer sí. ¿Quién ha de estar orgullosa de lo que aborrece? Pero siempre se agradece la buena voluntad, hasta cuando nos ofrece lo que odiamos.

CAPULETO

¡Qué retóricas son esas! «¡Enorgullecerse!» «Sí y no». «¡Agradecer y no agradecer!» Nada de agradecimientos ni de orgullo, señorita. Prepárate a ir por tus pies el jueves próximo a la iglesia de San Pedro a casarte con Paris, o si no, te llevo arrastrando en un serón, ¡histérica, nerviosa, pálida, necia!

SEÑORA DE CAPULETO

¿Estás en ti? Cállate.

JULIETA

Padre mío, de rodillas os pido que me escuchéis una palabra sola.

CAPULETO

¡Escucharte! ¡Necia, malvada! Oye, el jueves irás a San Pedro, o no me volverás a mirar la cara. No me supliques ni me digas una palabra más. El pulso me tiembla. Esposa mía, yo siempre creí que era poca bendición de Dios el tener una hija sola, pero ahora veo que es una maldición, y que aun ésta sobra.

AMA

¡Dios sea con ella! No la maltratéis, señor.

CAPULETO

¿Y por qué no, entremetida vieja? Cállate, y habla con tus iguales.

AMA

A nadie ofendo... No puede una hablar.

CAPULETO

Calla, cigarrón, y vete a hablar con tus comadres, que aquí no metes baza.

SEÑORA DE CAPULETO

Loco estás.

CAPULETO

Loco sí. De noche, de día, de mañana, de tarde, durmiendo, velando, solo y acompañado, en casa y en la calle, siempre fue mi empeño el casarla, y ahora que la encuentro un joven de gran familia, rico, gallardo, discreto, lleno de perfecciones, según dicen, contesta esta mocosa que no quiere casarse, que no puede amar, que es muy joven. Pues bien, te perdonaré, si no te casas, pero no vivirás un momento aquí. Poco falta para el jueves. Piénsalo bien. Si consientes, te casarás con mi amigo. Si no, te ahorcarás, o irás pidiendo limosna, y te morirás de hambre por esas calles, sin que ninguno de los míos te socorra. Piénsalo bien, que yo cumplo siempre mis juramentos.

(Vase)

JULIETA

¿Y no hay justicia en el cielo que conozca todo el abismo de mis males? No me dejes, madre. Dilatad un mes, una semana el casamiento, o si no, mi lecho nupcial será el sepulcro de Teobaldo.

SEÑORA DE CAPULETO

Nada me digas, porque no he de responderte. Decídete corno quieras.

(Se va)

JULIETA

¡Válgame Dios! Ama mía, ¿qué haré? Mi esposo está en la tierra, mi fe en el cielo. ¿Y cómo ha de volver a la tierra mi fe, si mi esposo no la envía desde el cielo? Aconséjame, consuélame. ¡Infeliz de mi! ¿Por qué el cielo ha de emplear todos sus recursos contra un ser tan débil como yo? ¿Qué me dices? ¿Ni una palabra que me consuele?

AMA

Sólo te diré una cosa. Romeo está desterrado, y puede apostarse doble contra sencillo a que no vuelve a verte, o vuelve ocultamente, en caso de volver. Lo mejor sería, pues, a mi juicio, que te casaras con el Conde, que es mucho más gentil y discreto caballero que Romeo. Ni un águila tiene tan verdes y vivaces ojos como Paris. Este segundo esposo te conviene más que el primero. Y además, al primero puedes darle por muerto. Para ti como si lo estuviera.

JULIETA

¿Hablas con el alma?

AMA

Con el alma, o maldita sea yo.

JULIETA

Así sea.

AMA

¿Por qué?

JULIETA

Por nada. Buen consuelo me has dado. Vete, di a mi madre que he salido. Voy a confesarme con Fray Lorenzo, por el enojo que he dado a mi padre.

AMA

Obras con buen seso.

(Vase)

JULIETA

¡Infame vieja! ¡Aborto de los infiernos! ¿Cuál es mayor pecado en ti, querer hacerme perjura, o mancillar con tu lengua al mismo a quien tantas veces pusiste por las nubes? Maldita sea yo si vuelvo a aconsejarme de ti. Sólo mi confesor me dará amparo y consuelo, o a lo menos fuerzas para morir.

ACTO IV

ESCENA PRIMERA

Celda de Fray Lorenzo

FRAY LORENZO Y PARIS

FRAY LORENZO

¿El jueves dices? Pronto es.

PARIS

Así lo quiere Capuleto, y yo lo deseo también.

FRAY LORENZO

¿Y todavía no sabéis si la novia os quiere? Mala manera es esa de hacer las cosas, a mi juicio.

PARIS

Ella no hace más que llorar por Teobaldo y no tiene tiempo para pensar en amores, porque el amor huye de los duelos. A su padre le acongoja el que ella se angustie tanto, y por eso quiere hacer la boda cuanto antes, para atajar ese diluvio de lágrimas, que pudiera parecer mal a las gentes. Esa es la razón de que nos apresuremos.

FRAY LORENZO

(Aparte). ¡Ojalá no supiera yo las verdaderas causas de la tardanza! Conde Paris, he aquí la dama que viene a mi celda.

PARIS

Bien hallada, señora y esposa mía.

JULIETA

Lo seré cuando me case.

PARIS

Eso será muy pronto: el jueves.

JULIETA

Será lo que sea.

PARIS

Claro es. ¿Venís a confesaros con el padre?

JULIETA

Con vos me confesaría, si os respondiera.

PARIS

No me neguéis que me amáis.

JULIETA

No os negaré que quiero al padre.

PARIS

Y le confesaréis que me tenéis cariño.

JULIETA

Más valdría tal confesión a espaldas vuestras, que cara a cara.

PARIS

Las lágrimas marchitan vuestro rostro.

JULIETA

Poco hacen mis lágrimas: no valía mucho mi rostro, antes que ellas

le ajasen.

PARIS

Más la ofenden esas palabras que vuestro llanto.

JULIETA

Señor, en la verdad no hay injuria, y más si se dice frente a frente.

PARIS

Mío es ese rostro de¡ cual decís mal.

JULIETA

Vuestro será quizá, puesto que ya no es mío. Padre, ¿podéis oírme en confesión, o volveré al Ave-María?

FRAY LORENZO

Pobre niña, dispuesto estoy a oírte ahora. Dejadnos solos, Conde.

PARIS

No seré yo quien ponga obstáculos a tal devoción. Julieta, adiós. El jueves muy temprano te despertaré.

(Vase)

JULIETA

Cerrad la puerta, padre, y venid a llorar conmigo: ya no hay esperanza ni remedio.

FRAY LORENZO

Julieta, ya sé cuál es tu angustia, y también ella me tiene sin alma. Sé que el jueves quieren casarte con el Conde.

JULIETA

Padre, no me digáis que dicen tal cosa, si al mismo tiempo no discurrís, en vuestra sabiduría y prudencia, algún modo de evitarlo. Y si vos no me consoláis, yo con un puñal sabré remediarme. Vos, en nombre del Señor, juntasteis mi mano con la de Romeo, y antes que esta mano, donde fue por vos estampado su sello, consienta en otra unión, o yo amancille su fe, matáranos este hierro. Aconsejadme bien, o el hierro sentenciará el pleito que ni vuestras canas ni vuestra ciencia saben resolver. No os detengáis: respondedme o muero.

FRAY LORENZO

Hija mía, detente. Aún veo una esperanza, pero tan remota y tan violenta, como es violenta tu situación actual. Pero ya que prefieres la muerte a la boda con Paris, pasarás por algo que se parezca a la muerte. Si te atreves a hacerlo, yo te daré el remedio.

JULIETA

Padre, a trueque de no casarme con Paris, mandadme que me arroje de lo alto de una torre, que recorra un camino infestado por bandoleros, que habite y duerma entre sierpes y osos, o en un cementerio, entre huesos humanos, que crujan por la noche, y amarillas calaveras, o enterradme con un cadáver reciente. Todo lo haré, por terrible que

sea, antes que ser infiel al juramento que hice a Romeo.

FRAY LORENZO

Bien: vete a tu casa, fíngete alegre: di que te casarás con Paris. Mañana es miércoles: por la noche quédate sola, sin que te acompañe ni siquiera tu ama, y cuando estés acostada, bebe el licor que te doy en esta ampolleta. Un sueño frío embargará tus miembros. No pulsarás ni alentarás, ni darás señal alguna de vida. Huirá el color de tus rosados labios y mejillas, y le sucederá una palidez térrea. Tus párpados se cerrarán como puertas de la muerte que excluyen la luz del día, y tu cuerpo quedará rígido, inmóvil, frío como el mármol de un sepulcro. Así permanecerás 42 horas justas, y entonces despertarás como de un apacible sueño. A la mañana anterior habrá venido el novio a despertarte, te habrá creído muerta, y ataviándote, según es uso, con las mejores galas, te habrán llevado en ataúd abierto al sepulcro de los Capuletos. Durante tu sueño, yo avisaré por carta a Romeo; él vendrá en seguida, y velaremos juntos hasta que despiertes. Esa misma noche Romeo volverá contigo a Mantua. Es el único modo de salvarte del peligro actual, si un vano y mujeril temor no te detiene.

JULIETA

Dadme la ampolleta, y no hablemos de temores.

FRAY LORENZO

Tómala. Valor y fortuna. Voy a enviar a un lego con una carta a Mantua.

JULIETA

Dios me dé valor, aunque ya le siento en mí. Adiós, padre mío.

ESCENA II

Casa de Capuleto

CAPULETO, SU MUJER, EL AMA Y CRIADOS

CAPULETO

(A un criado). Convidarás a todos los que van en esta lista. Y tú buscarás veinte cocineros.

CRIADO 1.º

Los buscaré tales que se chupen el dedo.

CAPULETO

¡Rara cualidad!

CRIADO 2.º

Nunca es bueno el cocinero que no sabe chuparse los dedos, ni traeré a nadie que no sepa.

CAPULETO

Vete, que el tiempo apremia, y nada tenemos dispuesto. ¿Fue la niña

a confesarse con Fray Lorenzo?

AMA

Sí.

CAPULETO

Me alegro: quizás él pueda rendir el ánimo de esa niña malcriada.

AMA

Vedla, qué alegre viene del convento. Capuleto (A Julieta). ¿Dónde has estado, terca? Julieta En la confesión, donde me arrepentí de haberos desobedecido. Fray Lorenzo me manda que os pida perdón, postrada a vuestros pies. Así lo hago, y desde ahora prometo obedecer cuanto me mandareis.

CAPULETO

Id en busca de Paris, y que lo prevenga todo para la comida que ha de celebrarse mañana.

JULIETA

Vi a ese caballero en la celda de Fray Lorenzo, y le concedí cuanto podía concederle mi amor, sin agravio del decoro.

CAPULETO

¡Cuánto me alegro! Levántate: has hecho bien en todo. Quiero hablar con el Conde. (A un criado). Dile que venga.

¡Cuánto bien hace este fraile en la ciudad!

JULIETA

Ama, ven a mi cuarto, para que dispongamos juntas las galas de desposada.

SEÑORA DE CAPULETO

No: eso debe hacerse el jueves; todavía hay tiempo.

CAPULETO

No: ahora, ahora; mañana temprano a la iglesia.

(Se van Julieta y el Ama)

SEÑORA DE CAPULETO

Apenas nos queda tiempo. Es de noche. Capuleto Todo se hará, esposa mía. Ayuda a Julieta a vestirse. Yo no me acostaré, y por esta vez seré guardián de la casa. ¿Qué es eso? ¿Todos los criados han salido? Voy yo mismo en busca de Paris, para avisarle que mañana es la boda. Este cambio de voluntad me da fuerzas y mocedad nueva.

ESCENA III

Habitación de Julieta

JULIETA Y SU MADRE

JULIETA

Sí, ama, sí: este traje está mejor, pero yo quisiera quedarme sola esta

noche, para pedir a Dios en devotas oraciones que me ilumine y guíe en estado tan lleno de peligros.

(Entra la señora de Capuleto)

SEÑORA DE CAPULETO

Bien trabajáis. ¿Queréis que os ayude?

JULIETA

No, madre. Ya estarán escogidas las galas que he de vestirme mañana. Ahora quisiera que me dejaseis sola, y que el ama velase en vuestra compañía, porque es poco el tiempo, y falta mucho que disponer.

SEÑORA DE CAPULETO

Buenas noches, hija. Vete a descansar, que falta te hace. (Vase)

JULIETA

¡Adiós! ¡Quién sabe si volveremos a vernos! Un miedo helado corre por mis venas y casi apaga en mí el aliento vital. ¿Les diré que vuelvan? Ama... Pero ¿a qué es llamarla? Yo sola debo representar esta tragedia. Ven a mis manos, ampolla. Y si este licor no produjese su efecto, ¿tendría yo que ser esposa del Conde? No, no, jamás: tú sabrás impedirlo. Aquí, aquí le tengo guardado. (Señalando el puñal). ¿Y si este licor fuera un veneno preparado por el fraile para matarme y eludir su responsabilidad por haberme casado con Romeo? Pero mi temor es vano. ¡Si

dicen que es un santo! ¡Lejos de mi tan ruines pensamientos! ¿Y si me despierto encerrada en el ataúd, antes que vuelva Romeo? ¡Qué horror! En aquel estrecho recinto, sin luz, sin aire... me voy a ahogar antes que él llegue. Y la espantosa imagen de la muerte... y la noche... y el horror del sitio... la tumba de mis mayores... aquellos huesos amontonados por tantos siglos... el cuerpo de Teobaldo que está en putrefacción muy cerca de allí... los espíritus que, según dicen, interrumpen... de noche, el silencio de aquella soledad... ¡Ay, Dios mío! ¿No será fácil que al despertarme, respirando aquellos miasmas, oyendo aquellos lúgubres gemidos que suelen entorpecer a los mortales, aquellos gritos semejantes a las quejas de la mandrágora cuando se la arranca del suelo... ¿no es fácil que yo pierda la razón, y empiece a jugar en mi locura con los huesos de mis antepasados, o a despojar de su velo funeral el cadáver de Teobaldo, o a machacarme el cráneo con los pedazos del esqueleto de alguno de mis ilustres mayores? Ved... Es la sombra de mi primo, que viene con el acero desnudo, buscando a su matador Romeo. ¡Detente, Teobaldo! ¡A la salud de Romeo!

(Bebe)

ESCENA IV

Casa de Capuleto

LA SEÑORA Y EL AMA Señora de Capuleto Toma las llaves: tráeme más especias.

AMA

Ahora piden clavos y dátiles.

CAPULETO

(Que entra). Vamos, no os detengáis, que ya ha sonado por segunda vez el canto del gallo. Ya tocan a maitines. Son las tres. Tú, Ángela, cuida de los pasteles, y no reparéis en el gasto.

AMA

Idos a dormir, señor impertinente. De seguro que por pasar la noche en vela, amanecéis enfermo mañana.

CAPULETO

¡Qué bobería! Muchas noches he pasado en vela sin tanto motivo, y nunca he enfermado.

SEÑORA DE CAPULETO

Sí: buen ratón fuiste en otros tiempos. Ahora ya velo yo, para evitar tus veladas.

CAPULETO

¡Ahora celos! ¿Qué traes, muchacho?

CRIADO 1.º

El cocinero lo pide. No sé lo que es.

CAPULETO

Vete corriendo; busca leña seca. Pedro te dirá dónde puedes encontrarla.

CRIADO 1.º

Yo la encontraré: no necesito molestar a Pedro.

(Se van)

CAPULETO

Dice bien, a fe mía. ¡Es gracioso ese galopín! Por vida mía. Ya amanece. Pronto llegará Paris con música, según anuncié. ¡Ahí está! Ama, mujer mía, venid aprisa! (Suena música). (Al ama). Vete, despierta y viste a Julieta, mientras yo hablo con Paris. Y no te detengas mucho, que el novio llega. No te detengas.

ESCENA V

Aposento de Julieta. Ésta en el lecho

EL AMA Y LA SEÑORA

AMA

¡Señorita, señorita! ¡Cómo duerme! ¡Señorita, novia, cordero mío! ¿No despiertas? Haces bien: duerme para ocho días, que mañana ya se encargará Paris de no dejarte dormir. ¡Válgame Dios, y cómo duerme!

Pero es necesario despertarla. ¡Señorita, señorita! No falta más sino que venga el Conde y te halle en la cama. Bien te asustarías. Dime, ¿no es verdad? ¿Vestida estás, y te volviste a acostar? ¿Cómo es esto? ¡Señorita, señorita!... ¡Válgame Dios! Socorro, que mi ama se ha muerto. ¿Por qué he vivido yo para ver esto? Maldita sea la hora en que nací. ¡Esencias, pronto! ¡Señor, señora, acudid!

SEÑORA DE CAPULETO (Entrando).

¿Por qué tal alboroto?

AMA

¡Día aciago!

SEÑORA DE CAPULETO

¿Qué sucede?

AMA

Ved, ved. ¡Aciago día!

SEÑORA DE CAPULETO

¡Dios mío, Dios mío! ¡Pobre niña! ¡Vida mía! Abre los ojos, o déjame morir contigo. ¡Favor, favor!

(Entra Capuleto)

CAPULETO

¿No os da vergüenza? Ya debía de haber salido Julieta. Su novio la

está esperando.

AMA

¡Si está muerta! ¡Aciago día!

SEÑORA DE CAPULETO

¡Aciago día! ¡Muerta, muerta!

CAPULETO

¡Dejádmela ver! ¡Oh, Dios! qué espanto. ¡Helada su sangre, rígidos sus miembros! Huyó la rosa de sus labios. ¡Yace tronchada como la flor por prematura y repentina escarcha! ¡Hora infeliz!

AMA

¡Día maldito!

SEÑORA DE CAPULETO

¡Aciago día!

CAPULETO

La muerte que fiera la arrebató, traba mi lengua e impide mis palabras.

(Entran Fray Lorenzo, Paris y músicos)

FRAY LORENZO

¿Cuándo puede ir la novia a la iglesia?

CAPULETO

Sí irá, pero para quedarse allí. En vísperas de boda, hijo mío, vino la muerte a llevarse a tu esposa, flor que deshojó inclemente la Parca. Mi yerno y mi heredero es el sepulcro: él se ha desposado con mi hija. Yo moriré, y él heredará todo lo que poseo.

PARIS

¡Yo que tanto deseaba ver este día, y ahora es tal vista la que me ofrece!

SEÑORA DE CAPULETO

¡Infeliz, maldito, aciago día! ¡Hora la más terrible que en su dura peregrinación ha visto el tiempo! ¡Una hija sola! ¡Una hija sola, y la muerte me la lleva! ¡Mi esperanza, mi consuelo, mi ventura!...

AMA

¡Día aciago y horroroso, el más negro que he visto nunca! ¿El más horrendo que ha visto el mundo! ¡Aciago día!

PARIS

¡Y yo burlado, herido, descasado, atormentado! ¡Cómo te mofas de mí, cómo me conculcas a tus plantas, fiera muerte! ¡Ella, mi amor, mi vida, muerta ya!

CAPULETO

¡Y yo despreciado, abatido, muerto! Tiempo cruel, ¿por qué viniste

con pasos tan callados a turbar la alegría de nuestra fiesta? ¡Hija mía, que más que mi hija era mi alma! ¡Muerta, muerta, mi encanto, mi tesoro!

FRAY LORENZO

Callad, que no es la queja remedio del dolor. Antes vos y el cielo poseíais a esa doncella; ahora el cielo solo la posee, y en ello gana la doncella. No pudisteis arrancar vuestra parte a la muerte. El cielo guarda para siempre la suya. ¿No queríais verla honrada y ensalzada? ¿Pues a qué vuestro llanto, cuando Dios la ensalza y encumbra más allá del firmamento? No amáis a vuestra hija tanto como la ama Dios. La mejor esposa no es la que más vive en el mundo, sino la que muere joven y recién casada. Detened vuestra lágrimas. Cubrid su cadáver de romero, y llevadla a la iglesia según costumbre, ataviada con sus mejores galas. La naturaleza nos obliga al dolor, pero la razón se ríe.

CAPULETO

Los preparativos de una boda se convierten en los de un entierro; nuestras alegres músicas en solemne doblar de campanas; el festín en comida funeral; los himnos en trenos; las flores en adornos de ataúd... todo en su contrario.

FRAY LORENZO

Retiraos, señor, y vos, señora, y vos, conde Paris. Prepárense todos a enterrar este cadáver. Sin duda el cielo está enojado con vosotros. Ved si con paciencia y mansedumbre lográis desarmar su cólera.

(Vanse)

MÚSICO L.º

Recojamos los instrumentos, y vámonos.

AMA

Recogedlos sí, buena gente. Ya veis que el caso no es para música.

MÚSICO 1.º

Más alegre podía ser.

(Entra Pedro)

PEDRO

¡Oh, músicos, músicos! «La paz del corazón». «La paz del corazón». Tocad por vida mía «la paz del corazón».

MÚSICO 1.º

¿Y por qué «la paz del corazón»?

PEDRO

¡Oh, músicos! porque mi corazón está tañendo siempre «mi dolori-do corazón». Cantad una canción alegre, para que yo me distraiga.

MÚSICO 1.º

No es esta ocasión de canciones.

PEDRO

¿Y por qué no?

MÚSICO 1.º

Claro que no.

PEDRO

Pues entonces yo os voy a dar de veras.

MÚSICO 1.º

¿Qué nos darás?

PEDRO

No dinero ciertamente, pues soy un pobre lacayo, pero os daré que sentir.

MÚSICO 1.º

¡Vaya con el lacayo!

PEDRO

Pues el cuchillo del lacayo os marcará cuatro puntos en la cara. ¿Venirme a mí con corchete y bemoles? Yo os enseñaré la solfa.

MÚSICO 1.º

Y vos la notaréis, si queréis enseñárnosla.

MÚSICO 2.º

Envainad la daga, y sacad a plaza vuestro ingenio.

PEDRO

Con mi ingenio más agudo que un puñal os traspasaré, y por ahora envaino la daga. Respondedme finalmente: «La música argentina», ¿y qué quiere decir «la música argentina?» ¿Por qué ha de ser argentina la música? ¿Qué dices a esto, Simón Bordón?

MÚSICO l.º

¡Toma! Porque el sonido de la plata es dulce.

PEDRO

Está bien. ¿Y vos Rabel, qué decís a esto?

MÚSICO 2.º

Yo digo «música argentina», porque el son de la plata hace tañer a los músicos.

PEDRO

Tampoco está mal. ¿Y qué dices tú, Jaime Clavija?

MÚSICO 3.º

Ciertamente que no sé qué decir.

PEDRO

Os pido que me perdonéis la pregunta. Verdad es que sois el cantor. Se dice «música argentina» porque a músicos de vuestra calaña nadie

los paga con oro, cuando tocan.

MÚSICO 1.º

Este hombre es un pícaro.

MÚSICO 2.º

Así sea su fin. Vamos allá a aguardar la comitiva fúnebre, y luego a comer.

ACTO V

ESCENA PRIMERA

Calle de Mantua

ROMEO Y BALTASAR

ROMEO

Si hemos de confiar en un dulce y agradable sueño, alguna gran felicidad me espera. Desde la aurora pensamientos de dicha agitan mi corazón, rey de mi pecho, y como que me dan alas para huir de la tierra. Soñé con mi esposa y que me encontraba muerto. ¡Raro fenómeno: que piense un cadáver! Pero con sus besos me dio tal vida que, al despertar, no me hubiera trocado por un emperador. ¡Oh, cuán dulces serán las realidades del amor, cuando tanto lo son las sombras! (Entra Baltasar). ¿Traes alguna nueva de Verona? ¿Te ha dado Fray Lorenzo alguna carta para mí? ¿Cómo está mi padre? ¿Y Julieta? Nada malo puede suceder-

me si ella está buena.

BALTASAR

Pues ya nada malo puede sucederte, porque su cuerpo reposa en el sepulcro, y su alma está con los ángeles. Yace en el panteón de su familia. Y perdonadme que tan pronto haya venido a traeros tan mala noticia, pero vos mismo, señor, me encargasteis que os avisara de todo.

ROMEO

¿Será verdad? ¡Cielo cruel, yo desafío tu poder! Dadme papel y plumas. Busca esta tarde caballos, y vámonos a
Verona esta noche.

BALTASAR

Señor, dejadme acompañaros, porque vuestra horrible palidez me anuncia algún mal suceso.

ROMEO

Nada de eso. Déjame en paz y obedece. ¿No traes para mí carta de Fray Lorenzo?

BALTASAR

Ninguna.

ROMEO

Lo mismo da. Busca en seguida caballos, y en marcha. (Se va Bal-

tasar). Sí, Julieta, esta noche descansaremos juntos. ¿Pero cómo? ¡Ah, infierno, cuán presto vienes en ayuda de un ánimo desesperado! Ahora me acuerdo que cerca de aquí vive un boticario de torvo ceño y mala catadura, gran herbolario de yerbas medicinales. El hambre le ha convertido en esqueleto. Del techo de su lóbrega covacha tiene colgados una tortuga, un cocodrilo, y varias pieles de fornidos peces: y en cajas amontonadas, frascos vacíos y verdosos, viejas semillas, cuerdas de bramante, todo muy separado para aparentar más. Yo, al ver tal miseria, he pensado que aunque está prohibido so pena de muerte, el despachar veneno, quizás este infeliz, si se lo pagaran, lo vendería. Bien lo pensé, y ahora voy a ejecutarlo. Cerrada tiene la botica, ¡Hola, eh!

(Sale el Boticario)

BOTICARIO

¿Quién grita?

ROMEO

Oye. Tu pobreza es manifiesta. Cuarenta ducados te daré por una dosis de veneno tan activo que, apenas circule por las venas, extinga el aliento vital tan rápidamente como una bala de cañón.

BOTICARIO

Tengo esos venenos, pero las leyes de Mantua condenan a muerte

al que los venda.

ROMEO

Y en tu pobreza extrema ¿qué te importa la muerte? Bien clara se ve el hambre en tu rostro, y la tristeza y la desesperación. ¿Tiene el mundo alguna ley, para hacerte rico? Si quieres salir de pobreza, rompe la ley y recibe mi dinero.

BOTICARIO

Mi pobreza lo recibe, no mi voluntad.

ROMEO

Yo no pago tu voluntad, sino tu pobreza. Boticario Este es el ingrediente: desleídlo en agua o en un licor cualquiera, bebedlo, y caeréis muerto en seguida, aunque tengáis la fuerza de veinte hombres.

ROMEO

Recibe tu dinero. Él es la verdadera ponzoña, engendradora de más asesinatos que todos los venenos que no debes vender. La venta la he hecho yo, no tú. Adiós: compra pan, y cúbrete. No un veneno, sino una bebida consoladora llevo conmigo al sepulcro de Julieta.

ESCENA II

Celda de Fray Lorenzo

FRAY JUAN Y FRAY LORENZO

FRAY JUAN

¡Hermano mío, santo varón!

FRAY LORENZO

Sin duda es Fray Juan el que me llama. Bien venido seáis de Mantua: ¿qué dice Romeo? Dadme su carta, si es que traéis alguna.

FRAY JUAN

Busqué a un fraile descalzo de nuestra orden, para que me acompañara. Al fin le encontré, curando enfermos. La ronda, al vernos salir de una casa, temió que en ella hubiese peste. Sellaron las puertas, y no nos dejaron salir. Por eso se desbarató el viaje a Mantua.

FRAY LORENZO

¿Y quién llevó la carta a Romeo?

FRAY JUAN

Nadie: aquí está. No pude encontrar siquiera quién os la devolviese. Tal miedo tenían todos a la peste.

FRAY LORENZO

¡Qué desgracia! ¡Por vida de mi padre San Francisco! Y no era carta inútil, sino con nuevas de grande importancia. Puede ser muy funesto el retardo. Fray Juan, búscame en seguida un azadón y llévale a mi celda.

FRAY JUAN

En seguida, hermano. (Vase)

FRAY LORENZO

Sólo tengo que ir al cementerio, porque dentro de tres horas ha de despertar la hermosa Julieta de su desmayo. Mucho se enojará conmigo porque no di oportunamente aviso a Romeo. Volveré a escribir a Mantua, y entre tanto la tendrá en mi celda esperando a Romeo. ¡Pobre cadáver vivo encerrado, en la cárcel de un muerto!

ESCENA III

Cementerio, con el panteón de los Capuletos

PARIS Y UN PAJE CON FLORES Y ANTORCHAS

PARIS

Dame una tea. Apártate: no quiero ser visto. Ponte al pie de aquel arbusto, y estate con el oído fijo en la tierra para que nadie huelle el movedizo suelo del cementerio, sin notarlo yo. Apenas sientas a alguno, da un silbido. Dame las flores, y obedece.

PAJE

Así lo haré; (aparte) aunque mucho temor me da el quedarme solo en este cementerio.

PARIS

Vengo a cubrir de flores el lecho nupcial de la flor más hermosa que salió de las manos de Dios. Hermosa Julieta, que moras entre los coros de los ángeles, recibe este mi postrer recuerdo. Viva, te amé: muerta, vengo a adornar con tristes ofrendas tu sepulcro. (El paje silba). Siento la señal del paje: alguien se acerca. ¿Qué pie infernal es el que se llega de noche a interrumpir mis piadosos ritos? ¡Y trae una tea encendida! ¡Noche, cúbreme con tu manto!

(Entran Romeo y Baltasar)

ROMEO

Dame ese azadón y esa palanca. Toma esta carta. Apenas amanezca, procurarás que la reciba Fray Lorenzo. Dame la luz, y si en algo estimas la vida, nada te importe lo que veas u oigas, ni quieras estorbarme en nada. La principal razón que aquí me trae no es ver por última vez el rostro de mi amada, sino apoderarme del anillo nupcial que aún tiene en su dedo, y llevarle siempre como prenda de amor. Aléjate, pues. Y si la curiosidad te mueve a seguir mis pasos, júrote que he de hacerte trizas, y esparcir tus miembros desgarrados por todos los rincones de este cementerio. Más negras y feroces son mis intenciones, que tigres hambrientos o mares alborotadas.

BALTASAR

En nada pienso estorbaros, señor.

ROMEO

Es la mejor prueba de amistad que puedes darme. Toma, y sé feliz, amigo mío.

BALTASAR

(Aparte). Pues, a pesar de todo, voy a observar lo que hace; porque su rostro y sus palabras me espantan.

ROMEO

¡Abominable seno de la muerte, que has devorado la mejor prenda de la tierra, aún has de tener mayor alimento!

(Abre las puertas del sepulcro)

PARIS

Este es Montesco, el atrevido desterrado, el asesino de Teobaldo, del primo de mi dama, que por eso murió de pena, según dicen. Sin duda ha venido aquí a profanar los cadáveres Voy a atajarle en su diabólico intento. Cesa, infame Montesco; ¿no basta la muerte a detener tu venganza y tus furores? ¿Por qué no te rindes, malvado proscrito? Sígueme, que has de morir.

ROMEO

Sí: a morir vengo. Noble joven, no tientes a quien viene ciego y de-

salentado. Huye de mí: déjame; acuérdate de los que fueron y no son. Acuérdate y tiembla, no me provoques más, joven insensato. Por Dios te lo suplico. No quieras añadir un nuevo pecado a los que abruman mi cabeza. Te quiero más que lo que tú puedes quererte. He venido a luchar conmigo mismo. Huye, si quieres salvar la vida, y agradece el consejo de un loco.

PARIS

¡Vil desterrado, en vano son esas súplicas!

ROMEO

¿Te empeñas en provocarme? Pues muere...

(Pelean)

PAJE

¡Ay, Dios! pelean: voy a pedir socorro.

(Vase. Cae herido Paris)

PARIS

¡Ay de mí, muerto soy! Si tienes lástima de mí, ponme en el sepulcro de Julieta.

ROMEO

Sí que lo haré. Veámosle el rostro. ¡El pariente de Mercutio, el conde de Paris! Al tiempo de montar a caballo, ¿no oí, como entre sombras

decir, a mi escudero, que iban a casarse Paris y Julieta? ¿Fue realidad o sueño? ¿O es que estaba yo loco y creí que me hablaban de Julieta? Tu nombre está escrito con el mío en el sangriento libro del destino. Triunfal sepulcro te espera. ¿Qué digo sepulcro? Morada de luz, pobre joven. Allí duerme Julieta, y ella basta para dar luz y hermosura al mausoleo. Yace tú a su lado: un muerto es quien te entierra. Cuando el moribundo se acerca al trance final, suele reanimarse, y a esto lo llaman el último destello. Esposa mía, amor mío, la muerte que ajó el néctar de tus labios, no ha podido vencer del todo tu hermosura. Todavía irradia en tus ojos y en tu semblante, donde aún no ha podido desplegar la muerte su odiosa bandera. Ahora quiero calmar la sombra de Teobaldo, que yace en ese sepulcro. La misma mano que cortó tu vida, va a cortar la de tu enemigo. Julieta, ¿por qué estás aún tan hermosa? ¿Será que el descarnado monstruo te ofrece sus amores y te quiere para su dama? Para impedirlo, dormiré contigo en esta sombría gruta de la noche, en compañía de esos gusanos, que son hoy tus únicas doncellas. Este será mi eterno reposo. Aquí descansará mi cuerpo, libre ¿de la fatídica ley de los astros. Recibe tú la última mirada de mis ojos, el último abrazo de mis brazos, el último beso de mis labios, puertas de la vida, que vienen a sellar mi eterno contrato con la muer-

te. Ven, áspero y vencedor piloto: mi nave, harta de combatir con las olas, quiere quebrantarse en los peñascos. Brindemos por mi dama. ¡Oh, cuán portentosos son los efectos de tu bálsamo, alquimista veraz! Así, con este beso... muero.

(Cae)

(Llega Fray Lorenzo)

FRAY LORENZO

¡Por San Francisco y mi santo hábito! ¡Esta noche mi viejo pie viene tropezando en todos los sepulcros! ¿Quién a tales horas interrumpe el silencio de los muertos?

BALTASAR

Un amigo vuestro, y de todas veras.

FRAY LORENZO

Con bien seas. ¿Y para qué sirve aquella luz, ocupada en alumbrar a gusanos y calaveras? Me parece que está encendida en el monumento de los Capuletos.

BALTASAR

Verdad es, padre mío, y allí se encuentra mi amo, a quien tanto queréis.

FRAY LORENZO

¿De quién hablas?

BALTASAR

De Romeo.

FRAY LORENZO

¿Y cuánto tiempo hace que ha venido?...

BALTASAR

Una media hora.

FRAY LORENZO

Sígueme.

BALTASAR

¿Y cómo, padre, si mi amo cree que no estoy aquí, y me ha amenazado con la muerte, si yo le seguía?

FRAY LORENZO

Pues quédate, e iré yo solo. ¡Dios mío! Alguna catástrofe temo.

BALTASAR

Dormido al pie de aquel arbusto, soñé que mi señor mataba a otro en desafío.

FRAY LORENZO

¡Romeo! Pero, ¡Dios mío! ¿Qué sangre es esta en las gradas del monumento? ¿Qué espadas estas sin dueño, y tintas todavía de sangre?

(Entra en el sepulcro). ¡Romeo! ¡Pálido está como la muerte! ¡Y Paris cubierto de sangre!... La doncella se mueve.

(Despierta Julieta)

JULIETA

Padre, ¿dónde está mi esposo? Ya recuerdo dónde debía yo estar y allí estoy. Pero ¿dónde está Romeo, padre mío?

FRAY LORENZO

Oigo ruido. Deja tú pronto ese foco de infección, ese lecho de fingida muerte. La suprema voluntad de Dios ha venido a desbaratar mis planes. Sígueme. Tu esposo yace muerto a tu lado, y Paris muerto también. Sígueme a un devoto convento y nada más me digas, porque la gente se acerca. Sígueme, Julieta, que no podemos detenernos aquí.

(Vase)

JULIETA

Yo aquí me quedaré. ¡Esposo mío¡ Mas ¿qué veo? Una copa tiene en las manos. Con veneno ha apresurado su muerte.¡Cruel! no me dejó ni una gota que beber. Pero besaré tus labios que quizá contienen algún resabio del veneno. Él me matará y me salvará. (Le besa). Aún siento el calor de sus labios.

ALGUACIL 1.º (dentro)

¿Donde está? Guiadme.

JULIETA

Siento pasos. Necesario es abreviar. (Coge el puñal de Romeo).

¡Dulce hierro, descansa en mi corazón, mientras yo muero!

(Se hiere y cae sobre el cuerpo de Romeo) (Entran la ronda y el paje de Paris)

PAJE

Aquí es donde brillaba la luz.

ALGUACIL 1.º

Recorred el cementerio. Huellas de sangre hay. Prended a todos los que encontrareis. ¡Horrenda vista! Muerto Paris, y Julieta, a quien hace dos días enterramos por muerta, se está desangrando, caliente todavía. Llamad al Príncipe, y a los Capuletos y a los Montescos. Sólo vemos cadáveres, pero no podemos atinar con la causa de su muerte.

(Traen algunos a Baltasar)

ALGUACIL 2.º

Este es el escudero de Romeo, y aquí le hemos encontrado.

ALGUACIL 1.º

Esperemos la llegada del Príncipe.

(Entran otros con Fray Lorenzo)

ALGUACIL 3.º

Tembloroso y suspirando hemos hallado a este fraile cargado con una palanca y un azadón: salía del cementerio.

ALGUACIL 1.º

Sospechoso es todo eso: detengámosle.

(Llegan el Príncipe y sus guardas)

PRÍNCIPE

¿Qué ha ocurrido para despertarme tan de madrugada?

(Entran Capuleto, su mujer, etc.)

CAPULETO

¿Qué gritos son los que suenan por esas calles?

SEÑORA DE CAPULETO

Unos dicen «Julieta», otros «Romeo», otros «Paris», y todos corriendo y dando gritos, se agolpan al cementerio.

EL PRÍNCIPE

¿Qué historia horrenda y peregrina es esta?

ALGUACIL 1.º

Príncipe, ved. Aquí están el conde Paris y Romeo, violentamente muertos, y Julieta, caliente todavía y desangrándose.

PRÍNCIPE

¿Averiguasteis la causa de estos delitos?

ALGUACIL 1.º

Sólo hemos hallado a un fraile y al paje de Romeo, cargados con picos y azadones propios para levantar la losa de un sepulcro.

CAPULETO

¡Dios mío! Esposa mía, ¿no ves correr la sangre de nuestra hija? Ese puñal ha errado el camino: debía haberse clavado en el pecho del Montesco y no en el de nuestra inocente hija.

SEÑORA DE CAPULETO

¡Dios mío! Siento el toque de las campanas que guían mi vejez al sepulcro.

(Llegan Montesco y otros)

PRÍNCIPE

Mucho has amanecido, Montesco, pero mucho antes cayó tu primogénito.

MONTESCO

¡Poder de lo alto! Ayer falleció mi mujer de pena por el destierro de mi hijo. ¿Hay reservada alguna pena más para mi triste vejez?

PRÍNCIPE

Tú mismo puedes verla.

MONTESCO

¿Por qué tanta descortesía, hijo mío? ¿Por qué te atreviste a ir al sepulcro antes que tu padre?

PRÍNCIPE

Contened por un momento vuestro llanto, mientras busco la fuente de estas desdichas. Luego procuraré consolaros o acompañaros hasta la muerte. Callad entre tanto: la paciencia contenga un momento al dolor. Traed acá a esos presos.

FRAY LORENZO

Yo el más humilde y a la vez el más respetable por mi estado sacerdotal, pero el más sospechoso por la hora y el lugar, voy a acusarme y a defenderme al mismo tiempo.

PRÍNCIPE

Decidnos lo que sepáis.

FRAY LORENZO

Lo diré brevemente, porque la corta vida que me queda, no consiente largas relaciones. Romeo se había desposado con Julieta. Yo los casé, y el mismo día murió Teobaldo. Esta muerte fue causa del destierro del desposado y del dolor de Julieta. Vos creísteis mitigarle, casándola con Paris. En seguida vino a mi celda, y loca y ciega me rogó que bu-

scase una manera de impedir esta segunda boda, porque si no, iba a matarse en mi presencia. Yo le di un narcótico preparado por mí, cuyos efectos simulaban la muerte, y avisé a Romeo por una carta, que viniese esta noche (en que ella despertaría) a ayudarme a desenterrarla. Fray Juan, a quien entregué la carta, no pudo salir de Verona, por súbito accidente. Entonces me vine yo solo a la hora prevista, para sacarla del mausoleo, y llevarla a mi convento, donde esperase a su marido. Pero cuando llegué, pocos momentos antes de que ella despertara, hallé muertos a Paris y a Romeo. Despertó ella, y le rogué por Dios que me siguiese y respetara la voluntad suprema. Ella desesperada no me siguió, y a lo que parece, se ha dado la muerte. Hasta aquí sé. Del casamiento puede dar testimonio su ama. Y si yo delinquí en algo, dispuesto estoy a sacrificar mi vida al fallo de la ley, que sólo en pocas horas podrá adelantar mi muerte.

PRÍNCIPE

Siempre os hemos tenido por varón santo y de virtudes. Oigamos ahora al criado de Romeo.

BALTASAR

Yo di a mi amo noticia de la muerte de Julieta. A toda prisa salimos de Mantua, y llegamos a este cementerio. Me dio una carta para su pa-

dre y se entró en el sepulcro desatentado y, fuera de sí amenazándome con la muerte, si en algo yo le resistía.

PRÍNCIPE

Quiero la carta; ¿y dónde está el paje que llamó a la ronda?

PAJE

Mi amo vino a derramar flores sobre el sepulcro de Julieta. Yo me quedé cerca de allí, según sus órdenes. Llegó un caballero y quiso entrar en el panteón. Mi amo se lo estorbó, riñeron, y yo fui corriendo a pedir auxilio.

PRÍNCIPE

Esta carta confirma las palabras de este bendito fraile. En ella habla Romeo de su amor y de su muerte: dice que compró veneno a un boticario de Mantua, y que quiso morir, y descansar con su Julieta. ¡Capuletos, Montescos, esta es la maldición divina que cae sobre vuestros rencores! No tolera el cielo dicha en vosotros, y yo pierdo por causa vuestra dos parientes. A todos alcanza hoy el castigo de Dios.

CAPULETO

Montesco, dame tu mano, el dote de mi hija: más que esto no puede pedir tu hermano.

MONTESCO